

Juan Carlos Mestre

La tumba de Keats

PREMIO JAÉN DE POESÍA 1999



poesía Hiperión

LA TUMBA DE KEATS

Juan Carlos Mestre

The poetry of earth is never dead.

John Keats

Esto sucede ante la hora izquierda en que mi vida,
violenta juventud contra el poder de un príncipe,
llama jauría a la verdad y belleza a los puentes derrumbados.
Llama flor del frío a la tumba de los náufragos,
astrolabio muerto a la nieve de los locos.
Hornea un talco negro el hambre de la muerte,
la edad de los sentidos, el obstinado aliento
de la cansada luz de octubre en el baúl de abejas.
Brotó sobre esta duna blanca la vehemente hierba de las islas,
la implacable hormiga en el blando bulbo de la boca helada.
Con guantes de forense sale la noche verde de su estuche
y la tempestad retumba por el otoño roto de las ánforas.
Tiene aquí mi corazón la edad del mundo,
el pez de piedra bajo el que los recién nacidos duermen.
Sufre el impaciente un reloj de sol bajo los párpados,
la aguja inmóvil como retina fría de los caballos muertos.
Mi vida es el temblor del consternado y el indigente ciego,
la constelación del triste en un festín de víctimas.
No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida,
la sábana de vidrio sobre la que la infernal razón se acuesta.
Vivo separado del rumbo de las cosas, hablo el miedo
de un heredero alzado contra el funesto monarca de las ciénagas.
No espero nada de los dioses, nada de la memorable epidemia de sus jueces.
Soy distinto ante el esclavo y el enano, soy el mismo suplicante y el eunuco.
Soy el transeúnte de la atmósfera, el anhelante oscuro del relámpago.
Oigo voces, oigo al temeroso y al anciano, sé que un caballo es un momento.
Oigo pasos, oigo el lastimoso trueno que al perenne huérfano perturba.
Tengo por amigo al penitente mar y al anticuado otoño,
amo la imperturbable soledad del hombre y la confianza de los pájaros.
Llamo inalcanzable a la distancia que hay entre dos cuerpos,
alternativamente invado el país del fracaso y el suelo natal de la victoria.
Fui adolescente y me envenené con lumbre, fui déspota incansable

contra la vanidad que hastía la fiesta de los cuerpos.
 No he llegado más lejos de mí mismo que una moneda del avaro está de otra,
 considero estéril el invierno, considero el azul imprescindible.
 Me ocupo con horror de los esfuerzos que hace cada día el sol por elogiar la tierra,
 siento simpatía por el primitivo lúcido y por el débil infeliz metódico.
 Prefiero la melancolía del cobarde a la furia invencible de los héroes,
 prefiero el desamparo de los campos a la rígida ambición de los sepulcros.
 Dios está cansado de escucharnos, están cansados los hombres y los perros,
 la nostalgia es una canoa a la deriva por el río blanco de la muerte.

No me arrepiento de nada ni de nadie, la vida es un monólogo
 entre la índole extinguida de una estrella y la natural semilla.
 Mi alma crece silenciosa hacia un lugar incierto,
 allí las fieras luctuosas, allí el sicario gótico y el infortunio ciego.
 Brota el arco iris de los cálices que sostuvo Homero,
 le brota su cuerno al fauno, el eco al precipicio, su luz al cielo.
 Ésta es la frontera de mi vida, ésta la hora izquierda
 exacta en el destino del corazón de un prófugo.
 Yo iré donde tú vayas vida esquivada, en tempestad, de noche,
 junto al fugitivo cazador de las lagunas, con el presidiario absuelto,
 yo cruzaré los médanos con lumbre, yo abasaré los remolinos ciegos.
 He sido parcial con los vencidos, seguiré siendo parcial ante los muertos.
 Recuerdo de mi infancia tres peligros,
 recuerdo el mal, los ojos sin pretexto del maldito,
 recuerdo el aire que había en las palabras,
 recuerdo un sueño, su prodigio, recuerdo el asno blanco del lechero.
 He vagado por ahí, irrevocable, alegre, desmedido,
 he ofendido con voluntad a los jerarcas
 y al atónito perpetuo en su torre de herrumbre.
 Salgo de un lugar y voy a otro, me inspiran compasión las jaulas.
 No soy distinto al péndulo en la cueva ni al nadador vendado,
 mi mayor habilidad es la pereza de encontrarme con otros a menudo.
 De lo mismo que me acusan yo me acuso, jamás mis amuletos me abandonan.
 Siento ante la noche una curiosidad equívoca,
 tengo ante lo súbito un poder magnético.
 Hay un pretérito espectro que no olvido,

hay un rumor lejano del infierno,
 hay un enigma hebreo junto al mito.
 Mi cuadrilla es inhábil para todo, nada sabe.
 Tengo un secreto según la estación del año,
 un invariable encargo desde el primer aliento.
 Me contradigo siempre, la certeza es la sombra de un delito.
 De vez en cuando me asocio con proscritos,
 encuentro a mi amigo en la revuelta, me hospedo en un lugar impenetrable.
 Sé que existe en la belleza el bosque iluminado y la mujer mágica.
 He oído la música del próspero océano y la ligera lluvia sobre el tambor de ébano,
 he oído el tímpano y el arpa en las catedrales fúnebres,
 la esquila del leproso y la irrevocable campana del jurista.
 No he aprendido a sufrir, toda severidad es inhumana.
 Yo era, yo fui lo que las manos de un padre ante la generación exhausta,
 el encomendado a la mudez, el imprudente ileso.
 Cada visión del hombre es una idea nueva que visita el mundo,
 el silbato con que un cartero festeja la imitación de Dios.
 La imaginación es una vivienda donde los herejes hacen ruido con el Apocalipsis,
 la imaginación es insalubre para las lápidas y el asiento de los agónicos,
 la imaginación hizo resucitar a Jesús al tercer día,
 la imaginación es un túnel de tierra de colores ante los ojos del topo,
 yo he visto el mundo real de la imaginación sobre la memoria de los errores,
 yo he visto al turbulento y a su ferviente amiga salvados por la imaginación,
 porque el cínico no ha ido al infierno gracias a la imaginación
 y el infame no ha entrado en el deshonor de su propia verdad gracias a la imaginación.
 Yo me revelo contigo en la imaginación como el silencio en una amante inédita,
 la conjetura indaga su resoplido entre la ruina, el árbol aborrece los valles,
 ningún cautiverio dura eternamente en la brevedad de los labios de Horacio,
 ninguna ciencia de rabinos descubrirá la amistad entre la poesía y el cielo,
 los nómades no tienen campamento sino en la periferia donde algo amenaza,
 Dante no tuvo campamento en los infalibles círculos,
 yo tengo un aposento bajo el sombrero de paja y una estera de marfil en el asilo de las
 nubes.
 Mi nombre no dice nada a quienes me rodean, voluntariamente combato sus síntomas.
 Concibo la memoria como el oficio de devolver a las aldeas su soberanía.
 Algunas veces la juventud es una pasión enferma que ha huido del séquito,
 su vanidad decora el orgullo como las sombras una caverna.
 Todo lo inverosímil representa una verdad para alguien,

el unicornio es inverosímil, el ángel es inverosímil, la raya del horizonte es inverosímil.
Lo imposible es indulgente con la maravilla,
llamo maravilla al pez de obsidiana y al vértigo de otro abismo desde los puentes de
mimbre.

La pesadumbre escolta los intentos como el desencanto la orfandad del logro.
El riesgo vive en el semblante de los supersticiosos, el crepúsculo tiene las manos
atadas.

El progenitor del artista es un mensajero que trae recados de la oscuridad.
En la provincia de las fábulas hay fábricas de pórfido para el ataúd de las estatuas.
Lo contrario al fallecimiento es una sonrisa inesperada, lo contrario al glaciarse la belleza
del fuego.

Todo lo inmortal admite el mediodía, el girasol hace alianza con los páramos resecos.
El límite del hombre, el límite de la velocidad del pensamiento.

No han sido escritas estas palabras para el conocimiento de la razón
y no porque esa necesidad de conocer el sabor de los ruidos semánticos
no asista como un deber al hombre y sea enfermedad de su inteligencia,
pero el que entra en una tumba blanca y prueba el blanco y duerme sobre el blanco
no debería ya manchar con otra elección el lugar de lo sagrado.
Yo he entrado en una tumba blanca y he comido en ella carne brillante de pez,
he bebido agua de cal como otros beben agua de Dios mezclada con lluvia,
y a esa tumba la he llamado casa y he cerrado la puerta y me he quedado a vivir en ella.
Cuando llamó el lúcido le pregunté a qué venía, vengo para saber, eso dijo.
Cuando llegó el cobarde entró también el desconocido, traían aceite para las lámparas.
Nadie me ha ayudado a equivocarme, yo mismo he abolido mis derechos.

Esto sucede ante la hora izquierda de mi vida,
aquí donde Roma es una aldea de roja cal dormida bajo las rosas pútridas.
Sientes la vibración de los metales, el hedor de los escombros y la grasa,
aquí tras la colina del Testaccio, donde ira y dolor son ráfagas del cielo,
donde tras las máscaras del mundo el placer convida a la belleza y la religión al vicio,
aquí donde el que come sal pisa la alfombra de manos de la sed de un hombre
y la crueldad del crimen vale menos que el salario de la mancha de ese crimen.
La juventud termina, hay medallas rotas en el fondo de los sucios charcos,
el áspero martillo de los grillos blancos que empañará la plata.
No la probable risa de Marcel Schwob sino la muerte,
la que destinada a desaparecer oye por última vez las Gymnopédies de Satie,

y junto a ella el que realquilado en la conciencia moral de la casa de Pedro
 vaga junto al indiferente entre las tumbas blancas,
 allí donde el fiel ciudadano abre la arquilla de los deberes
 y se encuentra al gato de las recompensas con la presa de los silogismos del barro,
 el anzuelo de los desaparecidos que respira en las cajas sin música.
 Pero ahora esta calle no conduce ya a ningún otro lugar que no sea tu vida,
 habitas este perímetro como vencedor de la nada ocupado en el cultivo de raras
 obsesiones,
 rodeado de objetos cuyo imán te retiene como una oscura creencia,
 como solitario deseo al finalizar la semana en el pensamiento de los sacerdotes.

En la vida de un hombre siempre hay una mañana para la calamidad,
 una mañana regida por las multiplicaciones del símbolo y la idolatría órfica de la
 perduración.

En la vida de un hombre hay almacenes llenos de objetos y maderas con insectos,
 hay tensos mundos artificiales y canales por los que discurre la sangre hasta los vasos,
 hay fósforo y sonido del delirio del fósforo,
 la respiración de un tigre y la mano del desobediente cortada,
 hay calor entre un semejante y otro y hay destrucción
 porque existe en ellos la proximidad y el imán que la ahuyenta.
 En la vida de un hombre hay zapatos usados por un padre,
 hay profusas noches que luego nos darán temor, hay cuerpos de adivina,
 cuerpos por primera vez, espantosos labios con rencor, la voz que nos conoce
 y se queda ahí mirándonos como una res moribunda en el estanque helado.
 En la vida de un hombre lo que tiene importancia y lo que no tiene importancia,
 lo que se resiste a desaparecer, la aparición de una ciudad, el cansancio de los
 viajeros,
 lo que favorece la ambición y lo que elogia la idea de abstenerse,
 la duda moral de una vida solitaria, el descargo de multiplicarse en otros.

Ese día vas a dejar flores a la tumba de Keats,
 y allí el centinela silvestre, el vigilante mísero bajo la lengua de los hombres,
 el que escribió su nombre en el agua como un culpable en la piedra,
 el que en su vértice vacío está tumbado hacia arriba,

tocado por las raíces de los árboles como animal entre víboras,
 el que sellado con cera abre de noche sus feroces pupilas de amante,
 el trastornado por los elementos, el jinete viudo de las luciérnagas,
 John Keats en el ácido alimento de los que escarban la tierra con el tenedor y la brújula,
 los espectadores encadenados al argumento como la verdad al suicida,
 la transfiguración de la Osa Mayor en estrella marina,
 el hilo que entra por una oreja y descifra el cautiverio de lo oído en la otra,
 el enigma de lo salvaje en la máquina del árbol,
 el agitado ciervo que cruza la campiña de un sueño donde hay sangre,
 la edad del centinela, la lengua del centinela, los ojos del centinela,
 el método de los enamorados y las nubes, el método terrestre de las catástrofes,
 lo que el hombre sabe del hombre, los frutos de la inocencia y la clave del pánico,
 lo que diserta sobre las mareas el transparente ahogado en la espiral del éter,
 lo que el turbulento de las tabernas y el descendiente de la pesadilla de Adán
 saben de la iluminación de los cinco sentidos,
 la ruina del hombre y el perfume de los burdeles, la alcoba iluminada por la lujuria.
 Oscuréceme videncia, une al condenado con el error y su coro,
 que respire frenético en su rotación de polvo, que lo abrigue el trueno,
 que lo abrigue el resplandor de las rosas, las lechuzas hijas del panadero,
 que nada hiera su atmósfera de ciego ni el carbón que en él silba.
 Venga el rayo y la boca del vaticinio del rayo con su estridente cascada de cuchillos,
 venga Jonás a sacarlo del húmedo cartílago,
 reviente en su mina el mineral, abra la llave,
 pues aquéllos son los ojos en los que llorarán los míos.

En este jardín burgués donde es la soledad nueva salud del hombre,
 el anhelo impuro que bajo la tumba finje un firmamento efímero.
 Aquí donde el prudente existe como una espiga aislada
 y anuncia en la campana sus lágrimas el ángel,
 aquí junto al molino donde la mujer y el sátiro
 intuyen su materia armónica y maligna.
 Aquí la gravedad del ávido y el júbilo del dueño
 son un mecanismo vano ante el petirrojo exacto
 y ataúd de un águila el desusado cielo de los fuertes.
 Tú sabes que no te pertenece la brevedad de esa visión,
 vuelves la cabeza, un innoble zumbido ha invadido las rosas,

como fiebre violenta hablan las piedras el idioma del número.
 Tú conoces el desierto de rocas que incendia la saliva,
 el meteoro que ensueña con su insumiso azar los besos.
 Has visto la cuchara de acero que sostiene el cirujano ante el cráneo de la geometría,
 la belleza arruinada en las inteligentes mansiones.
 Bebes como el débil, esperas esa sed como el campesino el grano,
 la abolición del dios del sacrificio, la abolición del luto de la Historia.
 Nada puede el hombre contra su farsa inútil,
 nada la ilusión y su maleza, nada el estupor del cielo,
 nada la multitud que vive en las movedizas playas del sacrificio humano,
 la generación del mar, los descendientes de un animal sagrado,
 nada un día de armisticio al que sigue otro día de batalla,
 nada el superviviente que entra en el olvido como una antorcha que se apaga,
 nada el horadado que es órgano de paja donde concluye el viento.

Has enhebrado para la mujer que amas un collar de piedras translúcidas,
 le has dado al quejumbroso el apellido indiferente de los sacrificados,
 brilla en él el ámbar de la medicina que brota de las estaciones rojas,
 el pudor de las palabras íntimas prohibidas por el vendedor de la tristeza.
 Viene aquí el sonámbulo con sus tenacillas de madera a recortar los mirtos,
 viene a cantar su leve edad el pájaro y el caracol descalzo de los músicos,
 hace su aparición el descarnado, la muchedumbre expósita, el príncipe de Dinamarca,
 entran los músculos del hombre que degüella carneros y la mano del soñador que borda,
 entran los estigmas del paralítico y el punto de fuga que miran los atletas,
 al que afecta la bendición y el Cristo infectado con los brazos abiertos,
 entra la mujer pública y la amada en la brutalidad, entra la sostenida en la flaqueza,
 el vergonzoso extenuado, el que tiene un apodo, el imposible profeta,
 se asoma otro con su cuerda, otro con su joya rubia, otro antiguo,
 llega el alucinado con su alondra, se regocija, pide migas para creer,
 pide un vestigio el que después de haber creído también va a ser cubierto de lodo,
 pide compasión el lodo por ser definitivo, pide luz el hueco por morar lo oscuro.
 Cantas, entonces tristemente cantas, dices tu oración a un mundo que se acaba
 mientras los astros con desgana giran como un lento eclipse sobre las cosas muertas,
 y el mar es un estanque de agua errante y detenida,
 y el cuerpo del amor es otro cuerpo de anegada fiebre
 y un vasto manantial de acero el ruiseñor que canta.

Todo se extingue, todo concluye como amistad funesta,
 como estatua rota que cubriera el musgo la verdad se oculta,
 la veloz guirnalda del relámpago, la codicia esquiva que ruboriza al cielo,
 la trenza de laurel, la noche compasiva
 que el soberano Amor ha regalado al pastor más viejo.
 Manso es el día de la pólvora en el corazón de un ciervo,
 benigno bajo el panteón del sol el espíritu del valle,
 los elementos que dan memoria a cada una de las horas y los días,
 la lluvia sobre Keats, la luz de oro sobre la invisible espina en su cámara de palo.
 Este es ahora mi país, madre del barro,
 un litoral inglés junto a los muros de Roma.
 Y llueve sobre Keats, llueve lo que roe invulnerable la esperanza,
 esa partícula de Dios que hace creer a un hombre en otro hombre,
 esa tumba blanca donde honra un arpa como austero fruto la juventud de un joven.
 No eres tú el vencedor que tañe el frío instrumento de los mármoles,
 no eres tú el alarido ni su plaga de miseria que infecta los suburbios,
 no eres la temprana primavera ni la araña en el fragmento del otoño.
 Eres en mí la nada sucesiva, eres el pacto entre la liturgia del templo y la cabaña,
 no la resina agónica del fuerte sino la frente indefensa y el dormido.
 Aquí el hombre elevado como una nación bajo amenaza,
 aquí el pequeño hombre sin bandera y el país sin fama,
 aquí la hierba de los cementerios y la indecisa aurora en la que los sapos cantan,
 la herida perfumada del excéntrico, el soliloquio moral de los retratos,
 aquí la efigie, la persona, la gota de rocío a la que ladra un perro.

Tal como descenden los vaticinios de Dios sobre la isla de los leprosos
 caen sobre esta antigüedad los residuos neutrales de los sueños,
 y Roma, la ciudad oxidada por la hiedra de oro del otoño,
 se inclina como una torre insegura ante el pensamiento de la catástrofe.
 Llamas vivir al terrible corazón que rueda sin otro oficio que la necesidad,
 pues así como el vacío está lleno de sollozos y de gritos el eco,
 así también tu vida al extender la mano se llena de felicidad.
 El temor donde ha residido el tímido golpea las puertas del afecto,
 la penumbra en la que ha sufrido el abandonado nombra la palabra radiante,
 la discordia se aroma con el mérito de los que se sientan juntos,
 la mujer que se prostituye junto a la hoguera de la imperfección del destino

sumerge sus manos en el agua donde hacen ruido los deseos herméticos,
 el hombre que ronda la muralla acaricia un signo cuya fertilidad ignora,
 a esto llama locura el que en su ufano poder renuncia al vértigo de reconocerse en otro
 y a esto llama conciencia el que vinculado a otro en las afueras de algo
 funda con lo prohibido una nueva persona,
 pues también la grandeza está hecha de fragmentos y cosas usadas,
 y es en los suburbios y en las desembocaduras dichosas a donde va a dar la esperanza,
 en los terrenos baldíos donde mueren los caballos entre cardos silvestres,
 es en los lugares donde titilan de noche las tenues bombillas ante un hecho sangriento,
 donde el fuerte cierra los ojos para entrar en la levedad de los desperdicios,
 y a eso llama prodigio el que vive recluso en su ternura secreta
 y a eso llama vacío quien ignora que tras la floración de las mudas criaturas
 vela la fábula del destino su severo cisma con la muerte.
 No tiene otra cosa para dar el día sino la consternada realidad que burla,
 la plenitud del mármol y la niebla, la quimera con cabeza de gata.
 Bello y mortal es el testamento del otoño en este cementerio protestante,
 mortal y bella la semejanza con que hasta aquí me guía la mujer del mecánico,
 la que ha puesto en mi mano una llave púrpura, vino de leopardos sobre la hierba fresca.
 Cierra esa llave los ojos de quienes están despiertos,
 abre esa llave las ánforas de los que son ceniza.
 Yo no quiero oírte fría lengua de los sacerdotes, voz reseca,
 yo no quiero oírte ardiente promesa del que está bajo la tierra aguardando a su amor.
 Venga a la recién nacida lápida el iniciado en el numen del diamante,
 venga el fortificado en su doble triángulo de estrella,
 venga el primer espíritu y el segundo espíritu y el tercer espíritu también venga,
 la polvareda ataviada de desierto, la nave del maestro sobre la esfera del mar suave,
 vengan los barrancos simétricos de la estratagema y la astucia,
 suban desde los abismos hondos el sagaz consuelo de los ángeles,
 el constructor de órbitas y el rutinario aduanero de los hábitos,
 salgan los bellos insectos de los algodones mustios, los asustados animales de sus
 cuevas,
 acudan los frágiles pensamientos del reproche humano al viviente torbellino de las
 fuentes,
 llegue a la ciudad soberbia un navegante humilde, gire el mundo, vibren los dioses
 en sus bóvedas,
 cúmplase el pan de los hambrientos, dejen de sufrir los enemigos, deje de llover
 sobre mi madre.
 Piedad para el que sólo imagina un punto, piedad para el que llora en las lágrimas

de otro,
 piedad por el arrepentido y por el que se arrodilla sobre la oración como sobre un
 cristal diáfano,
 piedad por el delito que recompensará el dominio del tirano,
 piedad al siervo por la compasión al amo, piedad al amo por su perro,
 piedad al perro por su gratitud secreta.
 Aullad leyes de la justicia,
 hablad imitadores de la épica a cuyo cuidado ha dejado su conciencia el hombre,
 el dudoso poder de los trabajos dignos, el terror del que se alimenta el hierro,
 el oráculo de la temible eternidad y la incurable peste.

Ven conmigo, soy tu hijo y ahí afuera hace frío en la noche inmensa,
 óyeme desconocido, yo he regresado para verte,
 debajo de esta losa hinchado por el agua está el cuerpo amoratado de Percy Bysshe
 Shelley,
 al fondo de esta tumba la angustia de los faros, la barba del que gime en su tímida
 belleza,
 no es hermoso morir si uno es joven y el amor terrible,
 aunque no haya en todo el universo otra verdad como esta correa de verdad que
 nos vincula al duelo,
 aunque ríos y serpientes y burladoras fábulas,
 aunque en semejante éxtasis el emperador falaz y el ingenuo evangelista en cautiverio
 no puedan ser sino la misma nieve,
 una misma alianza entre acosados, una misma venganza entre parientes.
 Así el arte moderno de la adivinación del espíritu
 ha dejado de llamar luna a la volante esfera,
 ha dejado de llamar mérito a la aventura del rebelde,
 y eso desgasta el ánimo y equivoca al que se niega a ejecutar órdenes,
 esa costumbre confunde las edades, retrocede en sus límites el cielo,
 la noche vuelve a ser celda segura, el día vuelve a ser filo de espada,
 ningún deseo al ánimo preocupa, por todos los ríos corre el agua,
 en todas las cadenas hay un preso, ante todas las conciencias un cautivo.
 Quién eres tú que sonríes bajo el agua,
 qué grumete huérfano ante el mar que aúlla,
 qué visión retórica de un depuesto rey desnudo,
 con qué feroz orgullo enciendes este fuego,

con qué flauta de cera entras en los túneles,
 Percy Bysshe Shelley coronado de musgo.
 Sandalias salid a los caminos a pisar la hierba seca,
 llegue a la ciudad el aterido, cante su visita el penitente coro humano,
 lo que en palabras del artista, ese soberano eterno, vale lo que el polvo,
 lo que en palabras del pastor de mitos la garra del felino,
 el filamento inaudible que de una hoguera a otra une al fuego ante la incompreensión
 del godo.

Mi vida brilla en la oscuridad como chatarra en los descampados,
 cerca de aquí sobre la porcelana blanca los matarifes sacrifican animales bíblicos,
 yo he dicho esta palabra para que esta palabra signifique contra otra,
 la ilustración de la muerte no defiende de esa ciega posesión al hombre,
 no premia al jardinero ni al desterrado centauro de los púlpitos,
 pero el dibujo de la muerte alumbra, hace inocuos a la serpiente y al cianuro,
 el dibujo de la muerte aleja del relincho córneo y del hisopo de metal lacónico,
 el dibujo de la muerte siega las ortigas en el corazón de Hamlet.
 Éste es el dibujo de la muerte y la figura de su semblante agudo,
 la propiedad de lo celeste en los extramuros del pontificado,
 junto a la pirámide del pretor Cayo Cestio Epulón, hijo de Lucio,
 junto al jardín comunal donde los ilegales intercambian comida, roen huesos, orinan,
 donde los que apuestan su anillo de oro ganan una taza de vidrio,
 los jugadores de naipes junto al laurel que honra a los fusilados en las Ardeatinas.
 Eso oyen los ojos del aliado con los fragmentos de la erosión,
 el que no se acuesta con ninguna mujer que no cubra su desnudez con una túnica
 de escamas,
 el hechizado por las mariposas glaciales que siguen al ataúd marino,
 el que en la república de la irracionalidad vaga entre el desorden de los monumentos,
 esculpe al fallecido su buey, siembra marihuana en los páramos,
 el invicto bajo su zócalo rupestre para quien todo es sencillo,
 el que nada sabe de su libertad y no la sustituye por lo que de ella saben los otros,
 el hombre con semblante de águila, el proceloso músico, el pintor neurótico.
 Me he perdido en la noche de un laberinto eléctrico,
 el sufrimiento ahora son los cuerpos cubiertos con cartón,
 la melancolía de los enfermos a la puerta de los hospitales, los bares inmundos,
 todo lo que la transparente ideología de los gestos llama tribu de la noche,
 la multitud indolente ante las verjas cerradas, el vapor de la pesadumbre.
 Roma y las basílicas de Roma enchapadas de oro, la alhaja de los poderosos
 contra la divinidad de los justos, el resplandor de los privilegios seráficos.

Roma como una piedra hambrienta en el cortejo diabólico,
 los que se abrazan en la alucinación de las plantaciones de yodo,
 los que escupen sangre sobre los mismos mosaicos que besó Virgilio,
 el jardín de las hespérides donde el descendiente maya roba las manzanas de Juno,
 los que se refugian entre las ruinas y entre las ruinas vagan en busca de patria,
 los hambrientos a deshora que tras un largo viaje por toda propiedad declaran una
 bolsa de plástico,
 los que iluminados por la desesperación aguardan tras un muro al monarca blanco,
 y ésta es entonces su abundancia de bien y ése es entonces el arroz que reparten
 los dominicos la tarde del sábado,
 la tarde reservada a la compasión por los emigrantes del Este,
 los miserables parias que cerca del foro de Adriano aguardan la resurrección del
 anciano Papa polaco,
 el espejismo con el que se reviste la fe para sobrevivir,
 cerca de los envoltorios con que se reviste la divinidad para sobrevivir,
 Roma ha muerto y entre el desorden sexual de las cúpulas
 la sombra de Shelley es un barco del que se arrojan contra el acantilado los albaneses,
 la casta ínfima de los acosados por el hastío retórico de la justicia social,
 los comensales de las copiosas sobras, los sedientos acosados por la policía.
 Como la sustancia insomne de un cuerpo que se repone de la fatiga y considera
 toda ilusión despreciable,
 hablas el dialecto de quien ha padecido un sueño, nombras la facturación de las aves,
 ese encargo irrefutable del cielo, la extraña materia del sufrimiento hecha presagio
 en la bandada de pájaros,
 eso dices, y mutuamente están en ti el díscolo y el salvaje,
 mutuamente el cuerno de violetas blancas y el gancho en U del que penden los héroes,
 en ti el que bajo la falsificación de las obsesiones visuales
 niega su placer a la comida muerta, el que llama a Eva perra capitolina,
 emperador con los ojos encharcados de mármol al apóstol de Cristo.
 Ésa la curiosidad del que nombra ante la curia la erección de Trajano,
 el que en la sala de los cónclaves declara: mi Vaticano es la tumba de John Keats,
 y considera un ultraje el propósito de la eternidad ante el que se devoran los hombres.
 Hablas, pronuncias esta bujía que ningún oyente entenderá bajo los códigos de la razón,
 pero igual que estas piedras expían su lugar en la historia
 y nadie es capaz de devolverles la semejanza de su trono perdido
 y permanecen erguidas sobre la significativa ruina de los palacios barrocos,
 recubiertas por el estigma de la noche lunar, empapadas en lo vertiginoso,
 lamidas por la felpa verde de la humedad insaciable,

así también has de permanecer tú, inmóvil en la fisura que hacen en otro rostro las
 lágrimas,
 tú el indeciso que al dar dos pasos te desplazas fuera de mí y desconoces el regreso,
 tú la dificultad, la venda helada que une al místico con el romántico,
 la simpatía carnal entre la rosa de bronce y el ruseñor que Alan Sydney Robinson
 oye en la muerte,
 esa la agilidad del fakir bajo la ganzúa de Piranesi y su cabaña moral recubierta
 de yeso,
 el oficio del arte para la aristocracia difunta, el hedor del privilegio feudal de los
 Caballeros de Malta,
 las letrinas donde acuña su esfinge un imperio erigido sobre la violencia,
 la posesión de los excrementos que rentabiliza la usura,
 el ácaro de la mafia sobre las alfombras de la judicatura
 y el gobierno de los mercaderes sobre los restos de la democracia.

Nada de lo conocido, nada de ningún esplendor venidero
 es comparable al paratruenos del cardenal moribundo,
 ni la aguja de los jeroglíficos ni el diosecillo de oro en el follaje de pórfido,
 ninguna ausencia es aquí más inalterable que esta ruina del paraíso
 donde el dueño de Roma mira al albañil que ha hecho de la demolición su arte de vida,
 al carpintero que con manos heridas por la garlopa talla una delgada arpía en el
 bestiario del coro,
 y por esa cicatriz mira el ojo pagano los peces cúbicos de la edad de Cristo.
 Corre por las calles el rumor de la traición a Gramsci,
 los índices remiten a páginas blancas, la soberbia hace frontera con la justicia.
 Mis dudas han entrado en la embriaguez del cáñamo,
 mi decisión en la fragilidad del vidrio.
 Roma se hunde en el pudridero de las canteras latinas,
 la luz entra en sus huecos como la cuchilla del descarnadero.
 Oigo la oxidación de las bestias, oigo el mugido espeso de los feroces sátrapas,
 al oferente en su caverna profunda ante el cuerno de Mitra.
 Llamo veneno al aceite de la higuera de los ahorcados,
 llamo flor crepuscular al cuajo de sangre de los mataderos.
 Éste es el invierno hacia el que la lengua roja de los animales ruge,
 ésta la boca infame en la bacanal de los regentes.
 No la bisutería empañada por la decoración de los alquimistas,

no la dulce edad vencida de Adelaida Lindahl inmóvil bajo el barro de la felicidad,
no la tierra de ceniza de rosas, ni la llama lamida por el grito de la tierra mojada.
En cada ventana del mundo hay una mujer sentada, hay otro límite del hombre,
hay otra casa,

en cada combate con la muerte hay otro peligro, otro comensal de hormigas, otro
destino sucesivo,

hay manos irreconocibles que sostienen el decálogo de la ley de Moisés,
hay cirujanos que nadie conoce abriéndole con un alfiler la puerta al pájaro negro,
hay telegrafistas descifrando la ventura y el estrago de la desventura,
los mensajes de la injuria y el precio de los desechos,
hay por cada isla otra soledad de isla y por cada maltratado hay en mi piel otro
maltratado.

El que predica contra la compasión arroja un caldero de plomo sobre la criatura salubre,
se aleja de su hueso, abandona la temperatura.

El que obliga a su mano izquierda a empuñar la azada salva a la celosa carne de lo
inaccesible,

porque inaccesible es para el hombre aquello que le ha sido vedado durante el viaje,
desconocer el origen de su angustia, adivinar el espectáculo de las mariposas,
inaccesible es la verja que separa a Anne Pomerensky de su violín de palo,
la verdad que obliga a arrodillarse a Clemente Octavo príncipe de las lagartijas
y la coartada del amor ante la acusación de herejía.

Todo cementerio es una gruta de fatales huesos diluidos en leche de loba,
una hoguera estancada que atiza el incubo de la codicia con un gran abanico de
plumas de oca,

por las terrazas de los cementerios se oyen de noche los caballos muertos del final
de la vida,

por todas las columnas huecas retumban los zapatos del hombre extraviado,
el silbido de los amantes separados durante el descenso por láminas de granito,
los que no descansan llamándose y perviven en el endurecimiento como huesos de jibia.

Nada le he dicho yo a esta mañana en que canta en el jardín de la Academia el
ruiseñor de Pound,

nada a la criatura alada del hético que se consume junto al literario sofisma,
nada tampoco a la mano del díscolo que al levantar su índice
señala el águila erguida sobre el mástil fascista.

Durante la visión del alcohólico ésta es la lengua de Trilussa y su mano de bronce
de la que brota humo de leña,

escritura obligada por las fechas de octubre junto a las alambradas de la coronación del
divino Claudio,

lo que enterrado en mayo acude ahora como el cauterio de un rayo a los ojos,
 las marmitas de aceite donde hierve la lengua leprosa de Roma,
 la oración estancada en los pantanos católicos, las religiosas serpientes.
 Y así también los moribundos cisnes del romanticismo en el espeso aljibe de agua verde
 de la filología,
 el anillo con la salamandra, la podredumbre de algas bajo el puente del Pontífice Sisto,
 la muchacha húngara que traduce a Leopardi con brillantes ojos de gata,
 la que tiene un pez que nadie ha besado.
 Y vosotros, últimos años de mi juventud en la estación nublada,
 días ornamentales del poeta entregado como un reo a la especulación del espíritu,
 al hábito de las bocinas y los grabados antiguos,
 días ilusorios como una pasión de la infancia, el juego naval, la saña con los dóciles.
 Abrupta vida del gesticulante, el que ante lo previsto vive el sueño de lo previsto,
 ese que duerme contigo bajo las telas de lino y te mira terminante como un criado
 mortificado por el insomnio,
 tú, que conoces el cero y el valor del cero y la fascinación de su estéril refugio,
 tú, que te has desterrado a la zona dividida por la inutilidad, efigie de los proverbios.
 Oh merodeador de reliquias, convulso huésped de los lugares herméticos,
 yo iré contigo junto al taumaturgo celeste, yo te acompañaré ante el Juez de las Esferas,
 cruzaremos juntos los arenales de obsidiana y de níquel, los impetuosos valles de agua,
 juntos cruzaremos los laberintos donde la humanidad vocifera a sus ídolos,
 los arcos de la exclamación, los puentes que unen al imperio con el continente
 indefenso y a las aldeas del desierto con las ciudades marítimas,
 yo entraré contigo en el salón burgués donde lee el almirante epigramas a la
 servidumbre,
 destrozaremos las alacenas, arrojaremos por la ventana las estatuas nativas,
 como bárbaros que saquean la ciudad, como furia monzónica, como espontáneos
 malditos.
 No hay tregua para los confinados, no hay abolición de penitencia para mis camaradas
 heridos por la flor silenciosa,
 los poetas consumen su vida alrededor de las viejas palabras, enloquecen suavemente,
 empiezan a llamar alondra a todo lo que pretende volar,
 los poetas alargan los cinco peldaños de su mano derecha para que descienda por ella el
 violinista judío y la vendedora de albahaca,
 los poetas levantan la cabeza para mirar una estrella cuando nos morimos,
 luego guardan un poco de sol para el camino, visten de negro al cormorán, florecen en
 los cerezos.
 Nada se llama del mismo modo dos veces, Eugenia Borissenko a quien no conoce

nadie entró en la muerte,
 ahora su rostro es indestructible en la oscuridad, su voz se llama lámpara de petróleo,
 se llama Charles Patrick Dark bebiendo té un nueve de marzo a los diecinueve,
 se llama Nils Gustaf Palin amigo de los escarabajos en el valle de las esfinges,
 nada se llama del mismo modo dos veces, nadie para la fábula de lo mortal es pómulos
 y cejas, sino astilla de Adán y armazón de navío, agua domesticada en la
 habitación de la muerte.

Se aburre el hombre con el hombre, una vez más es su cabeza como un bosque dormido,
 en ella los venenos de la posesión hacen sufrir al enamorado y al cándido,
 levantan murallas altas como milenios entre su deseo y su cuerpo,
 rodean los bazares con brea de pescado, queman hojas de libros y queroseno,
 especulan, traen noticias, defienden teorías, matan lo que aman.
 Tuvimos una vez la felicidad, pero tuvimos a Wilde con su jergón de presidiario a rayas,
 tuvimos nombre de estrella, hermosos nombres de animales bíblicos,
 fuimos mujer y sol y hombre y luna, brillantes como los atunes, vivos como delfines,
 pero sucedió la vergüenza y salió el basilisco con su áspera lengua de arena,
 sucedió la muchacha muerta, el oficio de andar por ahí con una hoz en la mano,
 sucedió la anémona de pechos violáceos, en cada lugar entró el afilador filarmónico,
 entró el ruido de los escaparates rotos, entró la maledicencia en cada casa,
 las algas entraron en los cráneos de los arrojados al mar, entró la gente en las correas,
 la almeja abrió sus labios en el plato gigante, abrieron sus agallas negras los
 camaleones,
 alguien cogió la lámpara y la apagó, alguien anduvo de un lado para otro jadeante, con
 miedo,
 lo incombustible ardió, el amarillo fue un color maldito, se detuvieron los trenes,
 hacia otro lugar se pusieron de nuevo en marcha los trenes,
 las flores se cerraron sobre sí mismas, se dieron vuelta los guantes, las cruces alargaron
 sus brazos,
 pasó un día, los solitarios abandonaron la felicidad, los atónitos se juntaron con los
 infelices alrededor de una estufa, esperaron,
 pasó otro día, algunos empezaron a oír terribles narraciones, relatos que ofendían la
 verdad de la literatura,
 todos por separado acariciaban su nublado pedazo de cielo, juntos lo maldecían,
 la monotonía de la muerte empezó a empapar los cadáveres,
 la presencia del mal comenzó a ser disculpada más allá de las barreras del ghetto,

de nada sirve que yo te ame, de nada sirve muchacha que yo te quiera,
 esto es todo lo que nos ha dado la vida, la memoria del que muere en otra parte,
 ahora cuando el otro es el que sufre, y es también el otro el que condena.
 Nadie llamará leña a la corteza de este árbol, nadie libro a la casa de este cuerpo,
 nadie a la Roma mortal de los escombros liturgia de lo eterno,
 nadie por más que dure la vejez del mundo ocultará su cara con las manos,
 nadie al deseo que inspira el candoroso lenguaje de los hombres llamará costumbre
 desconocida,
 nadie que se conozca olvidará las portentosas, inocentes, primeras palabras de su
 infancia,
 nadie entre lo que queda de nosotros, la brizna de nosotros, la huella de nosotros,
 dirá ha dejado de llover, el exilio ha terminado, es decir, he olvidado.
 Pueden de este modo girar los aros y las manecillas y el círculo de las poleas,
 pueden los astros volver atrás sobre sus órbitas, sumergirse las islas, retraer los muros
 sus cristales,
 pero aquél que alce su vista al universo, aquél con su cestillo, aquél con ramas,
 el que aún trae en sus dedos el olor de otro, la copa de los manantiales salinos,
 el que abre la botella del naufrago, el que hace arder la sonrisa del cómico,
 el errante que bajo el cielo de agosto llama a ese sitio lugar donde él quisiera vivir,
 el inmóvil sobre las superficies que llama a ese lugar tierra donde quisiera quedarse,
 el poseído por la alucinación de las brújulas, el que dice toda noche es pequeña para mí,
 el que tiene una herramienta negra, el que la oculta para no defenderse de nada,
 quien alza la mano y dice y el que no alza la mano y murmura y pone su silencio entre
 las palabras que tienen valor,
 el que hace ruido con la boca, el que asaltado por el temor de los grandes batracios se
 calla,
 el huérfano apadrinado por el estiércol de la oquedad,
 el hueso del exhibicionista cristiano, la fiera cismática de los teólogos negros,
 el collage de Roma tatuado sobre el torso desnudo del favorito de Adriano,
 piedra de la piedad de Roma, la conciencia de Auschwitz marcada a látigo de nieve
 a través del hambre de las diecisiete generaciones de Jacob,
 la carreta de heno, las sandalias del gran dador de la misericordia al que llaman las
 tribus Pontífice Máximo,
 los doce arrepentidos tallados en piedra blanca por el dueño de los arquetipos,
 el reloj de arena y la escuadra masónica, el cálculo perfecto del poder y la muerte,
 el que viene en nombre de nadie, el que trae cera para los mártires,
 el que trae un azafate de bronce, agua donde lavar la uña de los creyentes,
 el torpe con la barba de once días del peregrino apoyándose en su cayado egipcio,

el apóstata con el juez a levantar testimonio del cadáver encontrado en Ostia,
 Pier Paolo Pasolini a la derecha del suspiro del Padre,
 carne de mono para las bodas del infierno,
 carne de Cristo para el delito de Estado,
 Roma blanqueada por la avaricia del asesinato,
 Roma roída por los perros de la judicatura.

Llueve, llueve sobre las cúpulas bruñidas por el beneficio,
 sobre los estandartes empapados por la usura del comercio llueve,
 llueve sobre los muros del Pontificado y los altares de lo Absoluto,
 todo el día llueve bronce sobre las campanas, sangre sobre las espuelas,
 llueven monedas de oro sobre el árbol de los abstinentes,
 llueve saliva de óxido sobre la teogonía de los metales,
 sobre las estatuas fundidas con la brevedad de los hombres,
 llueve sobre las llagas barrocas de la fe y sobre la corona de espinas,
 sobre San Sebastián según un modelo de Bernini atravesado por el acero,
 llueven la polilla del psicoanálisis sobre las negras sotanas,
 llueve en las afueras del hombre y en las cercanías del otro hombre que va en él,
 llueve sobre una mujer, la lluvia deja de ser lluvia, la mujer deja de ser mujer,
 llueve sobre lugares húmedos y el agua de los estanques favorable a la peste,
 llueve sobre los puentes y sobre el jardín en la casa de las prostitutas,
 llueve sobre los muchachos amenazados por el resplandor de la velocidad
 y el reclinatorio de los que van a morir a la edad de los príncipes.
 Aquí hay otra escritura, aquí amor y pájaros góticos contra la solemnidad del eco,
 aquí las viejas semillas, la madera de cruz plantada por la mano del romano,
 el burgo erigido hace ahora dos mil bajo las estrellas que inventó Copérnico,
 el mausoleo en cuya avaricia vive predestinada Roma desvalida y esclava,
 el déspota que huye hacia otra ciudad que no existe en un caballo de hierro.
 Este es el lugar donde el escéptico le da la mano al inmoral
 y llamo inmoral a aquél que carece de la virtud de reconocerse en el otro,
 el insumergible en su mina de talco, el que ejerce la jerarquía como innato derecho
 y construye su tormento sobre la escoria de otros,
 el obsesivo en la negación de los actos ajenos,
 el impostor que muta, el himno con el que se alaba lo que se desprecia, la cautela ante
 el gozo.
 Hablad voces de la decrepitud, hablad bajo los párrafos inciertos del que padece

memoria,
 lo que bajo las costillas del puente dedicado a la memoria de Umberto Primero
 es escritura de la gran cloaca romana,
 allí donde la deformación de la belleza conduce el pensamiento del hombre a la
 embriaguez,
 donde la persistencia de la hermosura abre su ojo de cíclope y extravía a los adúlteros
 por un paisaje con niebla.
 Toda la vida se parece a mi vida,
 la cabeza de Minerva y la de San Juan Bautista,
 el tributo con que paga el hijo la cripta de su padre,
 el agua del Nilo con que hace su pan el herrero, la pasta de polvo con que imita el
 albañil las piedras,
 la destilación de la música en los pasadizos, la lengua del Tíber abriendo las aldabas
 de la noche,
 toda la vida se parece a mi vida,
 el ojo del insubordinado se parece a mi ojo, la boca del inexistente se parece a mi boca,
 el gusano pasta la yema del jaguar, la metafísica hace su aparición en la anestesia,
 el convicto ha cancelado su pacto con la respiración, el papiro ha cerrado su acuerdo
 con las lianas secretas,
 la incinerada vocal de la náusea es inminente.

De la enumeración de los hechos el primero es la llaga de octubre,
 la deportación de los hebreos durante el otoño del cuarenta y tres,
 Emma Diveroli y Vittorio Lowenthal entre los ocho mil de Italia,
 eso ve el descendiente que en las cercanías de Moisés no ha entrado en la sinagoga,
 el nieto del sastre que a los cuarenta años reconoce a su tribu por los signos de la
 desgracia
 y llama a esta mañana mañana de lo fatídico,
 manantial para la sed del infierno a la suma inexacta que pronuncia el coro de víctimas,
 la absorta multitud de inválidos que camina en fila y atraviesa los puentes,
 la columna de los desvalidos que serán arrojados a la fosa común por el historiador y el
 experto,
 por el que sabe los siete nombres con que se denomina el canon de la hermosura en los
 países que no tienen murallas,
 el que desconoce el espejismo y llama limo al fuego y hoguera a la brasa de hielo,
 el que ante las hornacinas saqueadas por las tropas de Napoleón

llama Imperio a la multitud de cadáveres y cabeza de hormiga a los datos de guerra.
 Roma, Roma cubierta por la imperturbable pintura de los excrementos históricos,
 el cráneo de Pedro frecuentado por el enjambre narcótico de los creyentes,
 la asfixia del nitrato de plata,
 los escalones magníficos, los peldaños que conducen a la alegoría del perro,
 las catacumbas limadas por la horma del pie de los mendicantes,
 los pasillos espléndidos de la paranoia verde del manierismo de mármol,
 aquí donde el gran animal africano hace sonar la alarma de su bocina electrónica
 y la pesadilla de Roma iluminada por un millar de teas humanas
 es la rosa ardiente de la generación de la Tierra, la lúgubre soledad del César,
 la rosa de los libros que leyó Petrarca, el placer ante la crucifixión de una mujer joven.
 Aquí donde la comparsa de los ridículos hace alianza con los mediocres bajo el atuendo
 de lo necesario,
 aquí donde la locura beatífica de las ocas decapitadas en los jardines botánicos hace
 pacto con las fauces de la alimaña,
 Roma pulida por el meteoro de los ultrajes,
 el dolor de las lápidas sobre las que alguien ha dibujado la ofrenda de una paloma,
 la sangrante conversión de los pies apostólicos bajo el agua abstracta de la herejía,
 lo que leído como tragedia espiritual, como azar cerrado a la presencia de lo satánico,
 es edad de los ángeles hermafroditas, gonzúa de carne en la tumba de los patriarcas
 atléticos.
 Llamas a esto visión sublimada de la grandeza de Dios nuestro señor de las
 alucinaciones,
 capilla de los durmientes decorada conforme al erotismo de la eternidad llamas a esto,
 como llamas ilusión al diagnóstico de Toni Negri acerca del futuro de la clase obrera,
 utopía a la quimera que devora a su enigma,
 la metafísica de la crueldad escrita para Bogdan Bogunovich sobre su pizarra póstuma:
 ni el propio amor conoce su profundidad si no es en el momento de la
 separación,
 como tampoco la separación conoce su profundidad sino es el momento del amor.

A qué lugar van a parar las oraciones que no son escuchadas por ningún dios,
 la carretilla ultraterrestre en que acarrea un edecán el desecho de las súplicas,
 a dónde Roma vencida por Roma, el fermento de la imaginación y las lagunas,
 a dónde Belinda Gale que nació en octubre del sesenta y está enterrada ahí con su
 inmutable jilguero de plástico,

a qué lugar la brevedad del coleóptero, la avispa del ganado,
 la cancela que abre el arqueólogo, la edad trigésima,
 a dónde la persuasiva víscera del que domó caballos,
 a qué lugar bajo las sábanas de tierra la levedad del analfabeto,
 a qué pirámide de hueso las manos quietas del pianista,
 las manos de quien lleva un cubo, la lengua de quien pegó las pólizas,
 ante qué pretor del mar el navegante sabio de la plenitud eólica,
 la mujer desahuciada de su vértebra, el hombre concerniente a su aposento,
 a dónde el embajador de la nada y su amigo el bárbaro, cómplices en la ferocidad,
 hacia qué desavenencia sin reflejo se dirige el astro,
 hacia qué oscuro alcohol del pensamiento la premonición de Artaud,
 la idea del triángulo y la conciencia de cuarzo de los dorios.
 Hora tras hora observa la lenta caravana el cabizbajo amante,
 noche tras noche entra el eclipse en su parábola de abeja,
 entra en el luto la madre del mafioso, entran los sedientos paños en la herida,
 y Roma cae por décima vez en la obsesión del número fatídico,
 el número profético que divide en dos la prolongación del amo y el tiempo del criado,
 la despensa sin luz donde algo espera el convertido, el amenazante prisma del faraón
 envuelto.

La ciudad exalta su destrucción en la lengua de Dante,
 la funeral reliquia del infierno entra en mi voz como ciencia en los mecanismos,
 los dialectos de la muerte derraman su bello ruido en los lugares de la consternación,
 la adulación entra en las enciclopedias,
 regresa el estrépito a su probabilidad orgullosa,
 en los barrios es la hora del advenimiento de los seres tristes,
 la hora de la multitud acosada por la rutina que desemboca en los anfiteatros.
 Eso oyen de la vejez los espectadores de la tragedia,
 los que se contagian unos a otros el saber de lo que significa vivir,
 el esfuerzo que estorba al rumor del agua en los acueductos,
 la fatiga de cuantos no han sido escuchados y vinculan su fe al prodigio del portador de
 una luz,
 el decrepito anciano, el representante del Ser aferrado a la máscara de la desconocida
 criatura,
 el que se resiste a morir y concibe la prudencia como distancia ante un pozo.
 Sabe eso el que nada ha visto al observar la altura pero lee su destino en la mano
 superflua,
 y el que ante el plato generoso de la piedad sacia su liturgia con el intransferible
 ornamento del hambre.

Carne del vacío es la osamenta del delfín atraído por el aliento del diablo,
 ágil imán el ángel que se personifica y el ángel que no se revela,
 el que coincide con otro en su misma mirada y el que con otro se encubre para satisfacer
 su fragmento.

Así de este modo la idea moral de la belleza es cada nariz y cada boca, cada brazo y
 pierna hurtada al deterioro,
 cada júbilo sin forma que semejante a otra forma arrebatada un cincel al bloque de
 mármol,

lo que atraído por la verdad a esta escena del mundo participa de la materia de lo
 sagrado,

la estatua de lava salida de un hueco rojo, el epitafio con neologismos griegos,
 la obsesión del círculo antes del compás, lo hábil antes del martillo,
 las leyes del azar sobre las agonizantes épocas en que todo fluía al infinito,
 la inscripción de un nombre, el instante en que ladraba un perro,
 la lápida que diecisiete pies debajo del asfalto cuida en su ámbar negro la armonía,
 el afán de colocar cada sueño en su cuadrícula y en cada tumba un cántaro,
 los abolidos síntomas de festejar la muerte en la misma ceremonia del bautismo,
 la contradicción de la dulzura en que se refugia el discolo,
 el abnegado túnel que en su parcela excavan los cobardes,
 la hora del que vende rosas consoladas a la puerta de los tanatorios de Bizancio,
 la ciudad excesiva, el silencio espeso como pestilencia de un recuerdo ambiguo bajo los
 ojos vendados.

Octubre recuerda a octubre con sus frutos abiertos,
 entran los enfermos en los hospitales, entra la estación de las hojas en su lugar oscuro,
 extiende el deseo su mantel en cada esquina, me habla el respetuoso, me sigue el
 cordial fatídico,

voy por un camino aislado de la noche, por el mar de las estrellas como fugaz cangrejo
 que sale de las redes,

voy de un lado a otro por un monte de documentos cerrados mientras la hierba sin
 remedio crece,

voy al fuego y a la ruina del estambre del fuego, voy al aire viejo del aire.

No te entristezcas, seas lo que seas todo irá bien si traes a la verdad contigo,
 todo irá bien, existirás tú, amor que desmontas los cadalsos,
 asistirá al hombre otra fortuna bajo los epitafios breves:

he aquí al corazón de corazones,

he aquí bajo el cielo áspero la equidad de la pasión con su locura de salario y hongo,
 vánitas vanitátum et omnia vánitas.

La memoria es una sustancia persuasiva, en ella está el torrente de los nebulosos días

y las comarcas con puentes de madera,
 está la estrofa con la gente triste que va de calle en calle entre los parpadeantes
 semáforos del morse,
 está la mueca del asco y las falanges vivas del socorro,
 está lo que no está, está el olvido y su violento hijo, está el remordimiento,
 la rotación de las grandes rocas grises en el aire, la emoción del que se acerca,
 la conformidad de los ancianos ante la floración de las cosas enigmáticas,
 la inquietante sonrisa del granuja, la llama de carburo de los amantes locos,
 está el sigiloso amor con su tumulto y el severo eco del príncipe monótono,
 está el que soy, apócrifo y vencido, está el mendigo.
 Sin embargo, alrededor del gran catafalco del poderoso
 los hábitos del pensamiento han buscado refugio en el tedio de la comodidad,
 la indecisión ha sido amaestrada por el miedo, lo cotidiano se ha convertido en un acto
 cruel.
 Eso ha venido a decir el que ante las circunstancias del mundo envía a otro de
 mensajero,
 el que no atreviéndose a asomar su voz a la jauría manda a otro de emisario,
 y ese otro dice: Ahmed Shawky fue fundido en hielo,
 en hielo mezclado con lava de aceite, en agua negra de frío,
 y Ahmed Shawky que nada sabe de todo esto,
 que nada sabe de su paisaje invicto ni del turbulento desastre de cuerpos a la deriva,
 sostiene en silencio su rosa de bronce pulida por los turcos que venden mecheros,
 pulida por los senegaleses y los orientales que lejos de su patria
 llaman al Tíber pequeño Río Amarillo.
 Si las gaviotas y los alacranes de Roma juntos en el mismo cántico de las criaturas
 acudieran como gotas de acero a los cementerios de automóviles,
 perforaran las chapas, abrieran las cerraduras,
 si los ángeles de piedra se personificaran en los puentes vendiendo periódicos,
 si los amenazados del ghetto dejaran de girar perpetuamente en el horror de su limbo,
 y el desfigurado por la tortura, el desesperado, el benévolo,
 salieran de la fosa común, respiraran, quedara abolido el tiempo de la devastación,
 si los que cerca de las estaciones de ferrocarril piden turno para morir
 no enterraran la semilla de su hazaña sin rostro en las escombreras de coral maligno,
 si descendieran los innumerables con teas a los subterráneos y dinamitaran las minas de
 huesos,
 si lo corroído por el musgo que ha infectado los ojos de Paolina Borghese
 no fuese lo que está más allá de la prudencia y un poco antes de la locura,
 si el inteligente simio y la alimaña exquisita saliesen de su dorado pigmento y no

fuesen adorno, ave ceremonial de un decorado superfluo,
 si esta antigüedad de avaros no hubiese sido blanqueada con la codicia sobrante de los
 escrúpulos,
 y Roma no fuese la nave de piedra varada entre las tinieblas, la guarida de los arponeros
 ebrios por la espuma de la tempestad,
 si el voraz acumulador de las balanzas y el insaciable coleccionista de mitos no
 pactaran bajo los pestilentes pórticos el negocio de los despojos,
 si el que orina semántica en el aula de las porcelanas translúcidas no sumara sobre las
 piedras labradas el signo con que la utilidad de los números cifra las cuentas
 del robo,
 si Vicente Núñez que vive en lo octogonal de Ipagra no hubiera escrito sobre un papel
 secante el amor de Roma,
 si con ese lápiz de niño transfigurado en príncipe loco no fuese él el decimocuarto
 profeta pintado por Tiziano,
 si el que frecuenta la creencia del mercader y el filólogo distinguieran al tacto la lógica
 de su mercancía,
 si el otro que maldice la fe se convirtiera con teatral ceguera a una devoción sagrada,
 terminara por creer, comenzase a volar,
 si tú o yo y ninguno de los dos hallara su lugar en el coro de ánimas de la eternidad
 y lo dicho aquí en una lengua latina fuese respondido en otro lugar del espacio por una
 boca oriental,
 si la distinción entre la aguja ortográfica y las huellas dactilares del convicto dejaran de
 ser prioridad del pretor, furiosa venganza contra la desobediencia al Estado,
 si el que liba la sangre del cordero místico y el que especula con dios y devora a ese
 dios en la ceremonia del éxtasis llamase a esa miga sacramento de la felicidad,
 si el que ha consagrado su vida a la recitación de un mantra cristiano reconociese la
 debilidad de su fuerza en el hemiciclo de las actividades neuróticas,
 y si la tinta verde de las colinas de Roma fuese sangre de reptil, sangre de pájaro griego,
 sangre de la traición a Rómulo en el mausoleo fascista,
 si el carabinero que con guantes blancos recoge las palomas enfermas permaneciera
 estático en ésa su súbita cualidad de útil,
 y la Roma de Septimio Severo y Diocleciano,
 la Roma de los funerales de Palmiro Togliatti en los suburbios, en la perpendicular de la
 angustia que conduce a los arrabales de Ponte Mammolo,
 no fuese la puerta inhóspita que conduce placer tras placer al presidio de los
 sarcófagos,
 Roma dejaría de ser el vulgar espejismo de los felices que admiran el sufrimiento con
 estúpidos ojos de esteta moderno,

los artistas sin otro lugar en el mundo que su propia vanidad de peces disecados
 flotando en el cloroformo,
 los esclarecidos fósiles que en el teatrillo de famas domicilian la víscera del sentimiento
 bajo el paraguas de los forenses, el último voltio de los marcapasos, la última
 página de los documentos.

No contra los viejos tratados que justifican la incierta retórica que alivia a los muertos,
 no contra el principio que sanciona la jerarquía y conmueve al mercado,
 no contra la permanencia del fonema arrogante que compete al hipódromo,
 nada contra el solitario absorto ante su reloj de arena,
 nada contra el repartidor de lo que significa y la irrevocable mecánica de lo que no
 significa,

nada contra el alfil derribado por la diligente codicia del juego,
 nada contra la voluntad de alguien arrodillado frente a un crucifijo
 y nada tampoco ante lo contrario de las certidumbres del hábito.

Vuelva a nosotros tu reino voluntad del que se sienta a la izquierda del hijo,
 vuelva a nosotros tu silencio zumbido del que excava en la incertidumbre del padre,
 hágase tu voluntad sobre las laderas y los arenales yertos del discurso,
 se imagine cada cual fuera de su tumba, vuelva cada cual a su cuerpo,
 crezca para cada mujer un árbol nuevo y por cada hombre otro,
 tengan bajo el cielo su furor y su gala, conviden su raíz y sus frutos,
 diga cada uno de su persona este es el lugar de mi árbol, esta es la música cuyo
 propósito celebraré de anciano.

Vengan el vidente y el adicto a la belladona y el que se cree hablante de una boca
 mística,

venga el que bajo un lienzo negro cree cobijarse bajo el cultivo de una cúpula azul,
 vengan los desocupados y los inquilinos que desfilan por el foro con la ternura de los
 desesperados,

los jóvenes comunistas y el afluente rojo de los partisanos con su pañuelo al cuello,
 vengan los descendientes, los sucesivos en la dignidad que duermen cerca de un
 pensamiento intacto,

los que llaman a la representación de un hombre república de ciudadanos,
 el oscuro compañero de las tormentas, el portador de un encargo y el que tiene un
 invulnerable secreto.

Vengan de toda Italia los nietos de la ruina a unirse con los proletarios,
 acudan a esta señal, vengan con su herramienta de palabras los propicios a la revuelta,
 se unan parentelas y castas, los diseminados por la fatiga y los turbulentos en cada
 reyerta de amor,

los débiles fortalecidos en la humillación, el linaje de los que acuden al sindicato un

sábado,
 venga el rudimento, venga la conjetura y el símbolo de la multitud traicionada por los
 partidos de clase,
 venga el rebelde a su fecunda cábala, el seductor a su beldad, a su vibrante oscuridad el
 taciturno,
 venga el malogrado en su creencia, el oscilante en su duda, el roído en su galera,
 venga el delirante circular, el dueño del aire con su escalera de bambú, el condenado al
 fuego,
 salga del suplicio el mártir, salga el extinguido de su tedio, vuelva a su peana el
 derribado.

Así has visto tú la herramienta de la acusación en manos del incorruptible,
 y así también al párpado necio que contempla el pasivo paisaje de cúpulas,
 el que detrás de la lente de su catalejo invertido llama a esa distancia mirada
 neutral,

el convidado a las ceremonias de la ineptitud, el que dice no hay palabras que puedan
 describir tanta belleza pero anota en su libretilla de hule la migaja huérfana que deja
 sobre el horizonte el sol de la tarde.

Así has visto como alguacil altivo al vigilante ilustre,
 al que con pernicioso esmero arranca de raíz toda memoria que perturbe el ánimo,
 Roma ocupada por los desheredados de la civilización del Norte,
 Roma convertida en la fortaleza de los seguidores del evangelista.

Aléjate de mí espectro implacable que persuades al mundo con tu mano derecha,
 barro que nacido para la música eres obsesión de un tímpano que percute la tierra,
 aléjate de mí escultor del polvo, asedio de la demencia.

La ciudad ha sido repartida en fragmentos menores a la uña de un dedo,
 teselas de un mosaico esparcido por las vitrinas de los palacios ducales,
 por las urnas de la taxidermia donde la historia del lujo hace alianza con las escenas de
 la podredumbre,

donde cada vitalicio calcula la proporción que le atañe en el negocio de la rapiña,
 la cuota de despojos que le corresponde a la iglesia y al fisco, al banquero y al cura.

Conozco la crueldad, rejuvenece, he leído a Rimbaud y es otro,
 Galileo Galilei que conocía el astrolabio, el de Asís que hablaba con los pájaros,
 bajo la planta de esos pies escribe la desdicha el nombre de otros sueños,
 la destreza del Creador con sus criaturas, el argumento de los valles de la tierra,
 conozco la destreza del error, conozco la teoría que hace olvidar la herida de los

muertos,
 el anillo de arena que pronostica la calamidad , la afición del sabio,
 conozco la astronomía del horror, la arquitectura infausta de la guerra,
 conozco a sus víctimas morales y el establo de luz de su conciencia,
 en el bullicio reconozco al digno y en la opacidad al portador de un halo,
 conozco la ignorancia y su manantial litúrgico, conozco su púlpito de aire,
 conozco la amenaza del purgatorio gótico y la duración ardiente del diamante,
 conozco sombras lentas como el plomo, párpados sin ojos en los ángulos,
 conozco el lóbrego lugar del mundo donde los astros mueren.

Bella rosa mortal escúchame bajo los harapos de tu vieja retórica,
 las cunetas del mundo están llenas de animales sacrificados,
 las canteras del Imperio han sido saqueadas por la broca cardenalicia,
 a mí alrededor no existe otro idioma que el de tu enferma boca vacía,
 no hay más blancura que el ladrido de los perros envejecidos en la avaricia,
 ya no hay otro nicho que el de la criatura durmiente en su hueco de aire.
 Bajo mis pies toca un simio el tambor en una tumba etrusca,
 en mi corazón existe el mérito de una muchacha tras su aro de hielo.
 Sueño con la incandescencia, sueño con las columnas de Bramante,
 la noche ha impregnado con sustancia de ciprés el claustro de los monjes,
 la noche ha sido tomada por una tribu de policías borrachos,
 esta es ahora la guarida del inválido, la realidad del afecto como una flor entre láminas,
 esta es ahora la joya esbelta que se mira en los espejos y alimenta una feroz agonía,
 los que se despiden bajo el óxido de las estaciones y ven alejarse como barco ebrio su
 vida,
 la noche del pájaro con abanico, la noche de los argonautas ciegos,
 esta es la hora del adicto a un alma, la noche de los marcados con una cruz de tiza.
 Empuja esa puerta,
 entra muerte nupcial en tu carroza de zinc a recorrer los suburbios,
 entre el ángel con los elementos, el incubo de Sade bajo la rueda de la tortura,
 sepa la incrédula su placer como sabe su nudo el lazo y el cereal su harina,
 pues de ese pan amargo de la inteligencia no se hace la felicidad
 como no se hace de la pasión de un vínculo ningún amor duradero,
 sino del pavor de la compañía de los que se prestan la vida para cruzar un río,
 de los que se enlazan en las afueras y atan con alambres su cuerpo a otro cuerpo.

Eso dice de Roma el que aun habiendo tocado la supersticiosa reliquia sabe que morirá,
y eso dice también de su amor el que ha sentido la caricia del pánico y ya nada lo
aleja de esa herida que ama.

Pocas son las cosas que atañen al mortal que con torso ágil esquivo los dardos,
sólo el martirizado reconoce en la ausencia del dolor el vacío de la ternura por la que ha
dado su vida,

como sólo el que es recordado presiente la elástica soga que lo vincula y destruye.

Mi mano ha tocado hasta desangrarse la púa del indiferente,
mis manos y mis pies y todo lo que en mí es desplazamiento hacia un acto crítico
me han conducido hasta un paraje donde la juventud no tiene regreso,
el desencanto es ahora un artificio que cambia de lugar, aquello que buscado en un
territorio aparece en otro,

la cuerda que el verdugo hizo pasar cuidadosamente por la argolla,
esa misma argolla de la que antes colgaba la jaula de un pájaro,
ese mismo pájaro que ahora canta con voz humana en el jardín de los muertos.
Esto ha sido oído en las afueras de mí cerca del vestigio y la acusación,
cerca del Pórtico de Octavia donde cantan los hebreos durante la fiesta del sábado,
esto ha sido oído alrededor de un fuego hecho con leña de tambor y máscaras de barro,
en las lagunas ha sido oído y en las extensiones con grúas y depósitos lo ha oído el
cómplice que después de mil años se niega a recordar,
y el que dos mil después no ve en este vivo dolor un pacto contra la visita de la
crueldad.

Empapa mis ojos la ceniza, sus gritos han entrado en mis oídos como veneno en la
cerbatana,

lo que ahora tocan mis manos ha sido recogido antes por las manos de otros,
lo que mi boca dice ya ha sido contado antes por otros labios idénticos.

Vea, oiga, diga entonces mi aire lo que mis antepasados llamaron verdad,
no el ardimiento de los heridos por el cobalto negro de la espina del cáncer
sino el pensamiento inmune de los sobrevivientes,
la creencia de los salvados que se colgaron al cuello un adorno lumínico,
la chapa con el carnero, la estrella que mantiene alejada la superstición de las fábulas.
Según esa voz el dolor humano es un montículo de hojas del árbol de la promesa,
según la aparición Dios sólo existe bajo las formas de la piedad,
el jardinero invisible que cultiva en las dársenas el junco de las navegaciones.

Camino descalzo sobre barro de lluvia,
acompañado por nadie camino sobre la cuerda que une el auxilio con el alivio del

cáñamo,
 y ésta es entonces la fragilidad, un hilo de seda y doble hilo de esparto,
 la trenza que corta a la niña enferma su madre,
 el exvoto que se deja en el templo como voluntad colectiva de una súplica débil.
 Es lícito el rencor,
 Quirino Amati fue sacado de su casa la mañana del catorce de octubre,
 detenido por los nazis Leonardo Sed, vecino de Roma, fue deportado ese invierno,
 Esperanza Efrati fue vista entrar en la nieve, llevaba en la mano una lechuza de bronce.
 Acaso tú que frecuentas el ámbito de lo desconocido,
 la grieta de ruido que hacen al desgarrarse las telas, el sudor de un mercado de esclavos,
 tú la muerte dibujada por Alberto Durero, la fecha de los concilios,
 tú el día de las conmemoraciones que recuerdan a Augusto,
 cuarenta días después de la muerte de alguien, pan amasado con agua de pozo,
 tú la niebla que perduras como corazón aterido en un espejo donde nunca se mirará
 ya nadie,
 tú el olvido.

Perdón al hombre por el hombre,
 al ojo del error perdón por la verdad de su cansancio,
 perdón al camello por la aguja,
 perdón a la vena acústica del río por el triste merecimiento del pescador en la necesidad
 del sábado,
 perdón al severo sábado por la mutilación del pez azul de los dormidos,
 perdón por el dormido al que no le sirvió de nada recordar un sueño,
 perdón a la venganza por su espejo y al agua del fracaso perdón por la negación del
 fuego.

Perdón para el murciélago y su ambición de pájaro,
 perdón edad, guión de bronce entre dos cifras, lucerna de las catacumbas.
 Una mujer ha levantado su indecisa mano, todo sufrimiento ha sido un sacrificio estéril,
 pronto vendrá el ciervo, pronto el terciopelo verde del invierno cubrirá las lápidas,
 nadie sino el cielo podrá recordar cada una de estas piedras por sus nombres,
 quién a Coleman y a Curtis, quién a Clara y quién a Jakob,
 quién a Trelawny que duerme a dos pasos de la tempestad de Shakespeare,
 quién a Severn anciano entre los cinco dedos blancos de su pincel de mármol.
 Piedras numerosas, como estrellas cansadas grises piedras, piedras temerosas,
 qué suceso de pájaro, qué aborrecida lámina de oro en la secreta conjetura del papiro,

qué imprudente viento de vocales borrará la desconcertada memoria de los hombres,
 quién te velará raíz sin suelo, quién te escuchará oh voz sin boca,
 qué generación precipitada al infecundo abismo por la seducción de un monstruo,
 qué aposento de tristeza, qué amistad famélica de rostros y de manos,
 qué tacto sin motivo el de la tierra ardida, qué cuerno sin ruido piedra de los epitafios,
 piedra severa, muda piedra de los gentiles ante el desmán profético.
 Aún los estridentes elementos de la increpación solar por la adversaria atmósfera,
 aún en su cavidad los enterrados vivos y su flor de calcio en la fluvial caverna,
 aún la escolopendra en el rizado musgo, aún dedal de agua el tacto de sus ojos,
 Keats a los veintiséis con su jubón granate, Percy sobre una isla ileso,
 la resurrección de San Lázaro imaginada por Ernst,
 el avestruz de los impostores con su majestuoso cardenal de plata,
 la dádiva de las antípodas, la beatificación de Elías del Socorro Nieves
 fusilado por los insurrectos mexicanos en marzo del veintiocho,
 hoy en los altares de Roma donde el espíritu santo mastica peyote.
 Quién el alabado, quién el misionero y el esclavo,
 el que conduce su simpatía por la circunvalación de Cristo y llega al lugar sagrado,
 el guardanubes nocturno de los cielos, el alguacil suizo de los divinizados bosques,
 quién ante la cruz de oro puede llamar liberación a la escolta del pecado,
 quién misericordia del padre al que entrega su hijo a la tortura,
 oh dios de las arenas, dios del pensamiento de los animales y la lluvia,
 quién en las galeras, quién desde lo profundo, dios desconocido, es el aliado,
 el que con alas de Chagall cruza en bicicleta el pueblo de los que viven en el aire,
 el violín de nieve bajo los párpados azules de Rousseau,
 quién el honorable y el moderno, quién la oferente prostituta y quién la arpía,
 quién la dedicante, la madre inmensa, la insondable madre de los muertos.
 Ése es tu pacto mendigo menor de la familia de los parias, gente que te acompaña,
 ésa ante ti la personificación del oriundo de Galilea,
 el hijo del ebanista asediado por las termitas de la plegaria,
 los que se santiguan con agua de romero y los que ante ti se postran antes del reparto,
 los piadosos creyentes húmedos como la yerba,
 los inmovibles ante otro extranjero amarrado a un palo.
 Llámese dios a todo mago que camine sobre las aguas y sea capaz de multiplicar los
 peces,
 llámese también dios a la incurable música de cada hombre que levita,
 y al que bajo una bombilla de cuarenta vatios multiplica por el infinito la imaginación
 del cero.
 Llámese dios al que entiende por virtud poder renunciar en caso extremo a la vida,

crimen contra la inocencia a la industria de absolver pecados.
 Llámese al dios de Roma aviador de Oceanía,
 libertad a todo lo que detesta la milicia, arte de la compasión a la veleidad del joyero,
 limosna en préstamo a las tierras que desestima un dueño para que las siembre un amo.
 Haya desacuerdo entre quien considera ilícita la conjura contra los mandamientos
 y el que atado a la correa de cuero prefiere la desobediencia a la misericordia,
 haya desacuerdo entre quien considera su verdad como un arte de vida
 y el que llama defecto al placer y huye del exceso y se entretiene en la rutina.
 Haya vínculo entre el amante y la herida del amante como hay propósito entre la
 geometría de cada mineral y los anillos de la madera,
 salga de su ánfora el sigiloso perro egipcio, descifre el hombre su ladrido, gire su
 pensamiento alrededor de la esfera de la cábala,
 acuda el despreocupado etrusco, venga al pacto Ulises y el misterio afgano con su
 candil de cobre,
 nadie me persuada, nada me asista irrevocable, ninguna razón me justifique,
 aquí en lo que agoniza estoy intacto, de pie ante las leyes de la muerte,
 fértil e involuntario en la tortura, fingido ante la bondad como un inválido.

Ésta es la frontera del guardián del fuego, la lengua muerta de los secretarios cívicos,
 ésta la especie del racionalismo con que el poder exalta el homicidio en las ceremonias
 patrióticas,
 la tenebrosa arquitectura de una farsa sacra, la guerra contra el cuerpo y su oscilante
 subasta de castigo.
 Roe el gran adulador su púlpito, va a su timba febril el condenado, a su indulgencia el
 naufrago, a su taba de furtivo va el demonio,
 aquí el Bautista degollado y el turbulento Borgia se hacen sitio bajo el mismo asiento,
 aquí se igualan los rayos de las cumbres con la corza mística en el placer del aire,
 aquí la tentación del lacerado es un corrompido oasis sin desierto,
 aquí la duración de los impíos y el inocente hereje con su collar de acero.
 Ésta es la frontera de los dogmas, el infalible carbón de los suplicios,
 aquí donde la demolición trazó sus mapas, aquí donde la religión es el delito,
 es decir la bula de los ghettos, es decir Paolo IV, el robo,
 la precariedad inverosímil de los justos, el alumno de la primavera.
 Qué otra patria para el hombre que el lugar del bien, qué otro síntoma de dios que el
 dios huido,
 como abismo que lleva a otro abismo y el día que a otro día nos conduce,

así tú, pequeña alma errante, cruzas la memoria de los tiempos difíciles,
 donde lo que significa ilusión y lo que no significó felicidad caben en una misma caja
 y es idéntico a mí el dolor pasado e idéntico a ti la ondulación del dolor futuro
 como la pesadumbre de una madre es semejante al descendimiento de otra madre.
 Nombras lo que nombras, la persistente melodía del vacío que ilumina las estancias del
 rencor,
 el pórtico de la creencia donde el que fue mi abuelo es ahora Dios tocando el clarinete
 en la plaza de una nación extinta,
 y eso es entonces la intensidad del sueño y eso también lo desconocido de la mujer
 que amo.

Dad a Trajano miel y sangre, dadle licor de abejas después de comer palomas,
 poned a la oscuridad un arco, una vela de lino a la congoja,
 devolvedle a la locura su talismán de oro,
 su gramo de miseria al precio, su utilidad al polvo,
 llamad por su nombre al ignorado, ganancia de maleza a la ignorancia,
 se acerquen unas a otras las palabras, se amen y se huelan,
 se masturban delante del burgués sus próceres antiguos,
 venga el palpitante apócrifo y los montaraces bichos,
 dúdese del monarca y su invisible dios de paja,
 reconózcase al demente el derecho a tener tres lenguas,
 permítase al perdido vagar hasta encontrarse,
 y tú emperador vencido, tú indivisible pájaro del cielo,
 idioma de la muchedumbre y de los salmos,
 sé de nuevo asno y criatura, timón del fugitivo,
 sé de nuevo la trompeta y su metal, sé la lumbre y su ceniza,
 sé la pasión ansiosa y su encendida duda.

Pero qué vienes a vender fatigado historiador de los urinarios pontificios,
 qué contra Apolo y su plaga de senadores agnósticos adeptos a las resinas,
 de qué minúscula logia de los arrabales brota tu bendita sustancia de loco,
 tú, ángel de yeso, efímero creyente que ante la tramoya teatral de Roma
 mortificas al nativo con la eyaculación barroca de Marcel Duchamp,
 tú, locuaz apóstol mudo, tú, furioso perro de pastor sin lobo,

de qué gobierno de la aristocracia, de qué esbelta república del griego descienes sobre
 Villa Pamphili como cuervo sobre el tabernáculo,
 con qué artimaña de leyes y preciosas dagas ajusticiarás al turco,
 al codicioso esbelto a quien obedecen los ángulos y las escrupulosas ninfas.
 Quién tú que a esta semejanza llamas luciérnaga de los caminantes, pereza de los
 océanos,
 quién el que a la figuración del escriba que dibuja un pájaro llama con un gesto volar,
 ciertas aves, ciertos animales heridos por la memoriosa espuela de la conducta,
 el caballo que a propio fuego va sin conocer el sitio y se admite bajo alguna de las siete
 formas con que se describe la figura perfecta,
 el peso en aire de la escritura que describe cada propiedad en los metales,
 la teoría del ensayo al arar con el pensamiento la tierra,
 no gobernar a nadie y ser breve señor de las llanuras,
 resguardar las provisiones del temor, no arriesgarse a la felicidad,
 acostarse con las palabras, acariciarles anónimamente el corazón,
 soñar cada noche el mismo sueño de la noche,
 llevar la piedra a todas partes, decir ésta es tu piedra, siéntate:
 el almacén de la conciencia donde Ettore Majorana calentó el uranio,
 entornaré los ojos y lloraré ante ti con el lenguaje de las abejas,
 la música de Renato Pace que murió en Mathausen y era abril del cuarenta y cinco,
 cerraré los ojos y lloraré ante ti con el rocío que deja la mañana en los alambres de púa,
 Fabrizi Ceruso caído en Tívoli a los diecinueve víctima de la violencia de estado,
 levantaré los ojos y lloraré ante ti como el meteoro del granizo sobre los tejados de cinc,
 y ése será el rumor de lo que existe debajo de lo que ya no existe,
 el cabizbajo con su perro, la alianza de los tristes con los desesperados,
 la oxidación de las fechas y la improbable memoria de los números.
 No me consolará el silencio que admira el monarca como lealtad de un súbdito,
 Amanda Tippenhauer, fruta blanca, qué más da quien no hayas sido,
 yo lloraré ante ti bajo la lluvia como llora el morador su propia ausencia ante la
 corrosión del tiempo,
 yo lloraré ante ti noviembre cruel, noviembre frío si estás ahí pensando en nada,
 el irreparablemente solo que murió por amor y por amor es llorado,
 el que intercede por el dolor humano y encuentra en la consolación su único derecho,
 los que se miran por segunda vez y siembran cada uno su semilla en el otro.
 Toda palabra ha sido escrita para recordar,
 cada epitafio con reloj de arena y fuente con palomas,
 cada signo junto al que la vida de un hombre es permanencia de una premonición
 sagrada,

todo lo mortal que bajo la forma de ídolo será cercado por los abiertos ojos del pánico,
 todo lo que anterior al miedo y la divinidad es herencia de una misma alabanza,
 el cántico de las criaturas nacidas para lo vivo, el ardid de un himno para aliviar la
 soledad de los que serán destruidos.

Únicamente lo que amo es en mí duradero, unas palabras, la curiosidad de las tuyas
 ante el fracaso de la última escena,

las redes vacías de la verdad y la estrategia expresiva de la muerte,
 escritura prestada por un mendigo, palabras trasladadas de sitio por el enigma,
 puestas ahora sobre esta tumba como pan sobre el mantel, como racimos en la cesta,
 lo que más allá de la prudencia y un poco antes de la locura
 es promesa edificada sobre la erosión,
 prebenda de un soberano en el territorio donde todo privilegio es una obligación
 prescindible.

Los que vagan en la noche descalzos sobre las cenizas de Gramsci,
 los futuros y los antepasados que nunca más se volverán a encontrar,
 lo que saben y lo que no saben los emigrantes pobres esperando cerca de aquí su vagón
 hacia el osario,

uno frente a otro anticipándose al éxodo, desapareciendo, visibles.

Hablo desde aquéllos, hablo de los que han llegado a mí como llega a la ciudad un
 correo,

no hablo para la piedad de los enemigos que han ajusticiado mi corazón en la víspera,
 hablo con la torpeza de una copa rota, con ojos mudos de cobarde hablo, con voces de
 alquitrán escritas en los muros,

hablo para entrar en ti, hombre y mujer que habéis dejado una puerta abierta,
 no hablo para vengarme de mi cobardía y de mi justa torpeza y de mi muro más alto
 sino para estar junto a ti a quien yo me he ofrecido,
 tú mi única pasajera, para ti hablo ahora que no vamos hacia ninguna parte,
 ahora que dispersados por el trueno somos los que sólo consideran legítima la violencia
 de los enamorados.

Yo romperé la espada contra los eslabones,

yo apagaré las siete luces de la ortografía para oír al pájaro hebreo que derrama su luz
 en las épocas,

diré belleza haces sufrir, diré la melancolía es una muchacha que cruza un oscuro canal,
 la belleza es la pasión de los que silban contra el viento sus arpas de arena,
 la tristeza soy yo, sufrir lo que se persigue como sombra a un cuerpo.

Debajo de estos puentes levanta su campamento la calamidad de los pueblos,
 la bella oriental entra en su hotel, el poeta la sigue con ojos de gata,
 mi mano sostiene la espina que desangra esa rosa de carne y jardín verde,
 debajo de estos puentes mi desesperanza aventa las cenizas de los acusados,
 el que imaginó el mundo bajo la fidelidad a un juramento por la igualdad de los
 hombres, el derrocado por la ley de los príncipes, el que se despide de todo lo
 que nunca volverá a ver, entra en la muerte, abraza a su madre, el sugestionado
 por los antílopes, el que se apresura y es flébil, el digno de ser llorado, el que
 comparece sin ser citado entre los testigos del hurto, el de afectuoso semblante,
 el sonoro hermético y el aficionado a las estrofas yámbicas, el extravagante espía
 sin personaje, el irrevocable curioso de los acontecimientos, el amigo de un
 monje, el iracundo fantasma de los profetas, el infatigable rastreador de
 privilegios, el eterno cismático, el sumergido tímido y el ferviente indócil,
 el hábil desvalido y el involuntario breve, al que sedujo el mar, el sedentario,
 el que sustenta una amenaza y el que vive en un lugar recóndito, el
 sobrevenido otro, el que retorna a su presencia y fuma para soportar
 hojas de cáñamo.

Yo he besado los pies del crucificado como una hermana le besaría las manos a su
 hermano condenado a muerte,
 vivo alrededor de una fama oscura a la que llaman presagio,
 mi voz teme la voluntad de las galerías que excava el minero mientras piensa con
 impaciencia en el sábado,
 he leído el libro de las profecías, recuerdo algunas fábulas,
 todo lo que ha sucedido también a mí me ha sucedido,
 vivo junto a las raíces de la penuria con algo más de lo necesario.

He enterrado la llave que abre a un hombre al vacío
 y la llave que cierra la urna y la que no abre ni cierra nada a ésa también la he enterrado,
 ahora custodio la propiedad del olvido,
 los barrizales donde el campesino etrusco envuelto por la luz marina
 cae elemental, pura, sencillamente masacrado por la quijada de Abel.
 Esto que yo sé ahora, este conocimiento en mí del otro, esta personificación de ceniza y
 fragmento, este extremo de alondra y miopía en el faro, esta usura de cuerpos
 invisibles sustraídos a la realidad, al espacio de la edad del sueño ocupado por la
 posibilidad enemiga, la hora en que todas las calles del cementerio protestante
 de Roma, las tumbas con números múltiplos del dos y las impares, todas las

inseparables tumbas y las ya desaparecidas bajo el irreparable anhelo de la inmortalidad, aceptan la derrota de su tiempo, y siendo el tiempo un instrumento útil a la libertad del hombre por perecedero, y siendo lo perecedero una claridad generosa no alejada en su contradicción del futuro, veo a la vez el rayo y la golondrina en su breve atmósfera, y por encima de mí veo los cipreses como un gigante enmohecido atemorizando la vanidad, y pienso que lo irreal es esto, esta videncia de lo evidente, que apenas a cien pasos de la cercanía del ojo esté enterrado Keats y al otro extremo del silencioso y pagano jardín, a igual distancia de la rosa de los vientos y el perjurio de la inmovilidad esté la urna de piedra gris con las cenizas de Gramsci, y entre ellos la bruma de todos los mares y las estrellas voluntarias de la noche, y tras esta posesión de sucesiva solidaridad tan alejada del capricho como de la demencia, escribiera Pier Paolo Pasolini el duelo de su confidencia bajo la lluvia de un año que pudo ser el cincuenta y seis, pero esto ya no hay labios que lo cuenten.

Puede un hombre llamar destino a esta hora en que moralmente empieza a nublarse el día,

decirle a un dios oye dios dile a la muerte que no estoy,
puede la mañana negarse a ser mañana, desobedecer la noche, iluminarse,
y desde esa desnudez, más inocente el cielo y todavía más transparente la idea del perturbador castigo,

puede el pensamiento de un hombre discrepar de la conciencia de ese mismo hombre,
puedo yo ser dos, pueda el otro renunciar a la educación de sentirse culpable,
pueda llamar idea próxima al homicidio a la cultura concebida en términos de lo rentable,

puede consecuentemente el hombre exigir aire al aire y agua al agua,
fundar su diferencia en la discrepancia, elegir la cobardía ante el valor del que mata,
negarse al resplandor y a la oscuridad, llamar por su nombre al asesino,
ahí estás clavado como un Cristo en este arenal de botellas vacías y neumáticos viejos,
Pier Paolo Pasolini arrojado entre los escombros de una ciudad moribunda,
entre la multitud de los silenciados a los que da su grito negro un mar de brea,
llámese una palabra a otra por la proximidad,
dé al día su canto el pájaro como da el otoño su color amarillo,
vuelva el díscolo hacia atrás por las aceras hasta entrar otra vez en la velocidad de su automóvil,

ruede la moneda hasta la alcantarilla, se haga gota de oro en la podredumbre,
vuelva la hora del que sobre la terrenal esfera sólo conoció la época del concilio de sombras, la desgracia de las naciones vecinas, la conspiración contra el hombre,
regrese el que contra la furia de los contrarios se quita el sombrero ante un

cerezo en flor,
 mire las inmensas bóvedas, vea en esas bóvedas la bandada de pájaros sin cielo,
 vea sobre él como granos de arroz sobre la novia una a una todas las arenas de la playa
 de los pájaros,
 el conjunto y la confabulación, la integridad y el cúmulo de todos los pájaros,
 la aglomeración y la masa, la clase y la compleja unidad de sus racimos aéreos,
 vea la centena y el millar que apiña, la pareja y la trinidad de los pájaros, la uva del
 pájaro solo,
 todos los pájaros de la alabanza, todos los gremios y las hermandades de pájaros que
 huyen de la monstruosidad y la redada,
 todos los torturados bajo la decencia ambigua de la religiosa democracia del cuerpo,
 los que sin nombre de pájaro poeta son su único sol, su única abrasión en los
 andamios, su único quicio en las madrigueras,
 uno por cada uno es el pájaro en la jaula de silicio en los callejones del búho,
 uno por cada tachado en el inventario de los chaperos de Termini asignados a la trama
 de la sospecha,
 la marcha de los ciento cincuenta millones de Maiakovski,
 atados con cuerda de bronce cada uno a su árbol, cada pigmento a su color de ala,
 acorralados en el tumulto, secretos en el hematoma.
 Dónde estás, bajo qué nerviosa maleza de martillos
 oyes el grito de los muchachos que juegan al fútbol,
 quién ante el infalible juez al levantar la sábana verá la faz del ciudadano,
 la pasión según San Mateo dos mil años después de Cristo.
 Llueve en Ostia, sin detenerse los autobuses pasan hacia las barriadas pobres,
 llueve en los suburbios rojos y sobre las barracas rotas,
 llueve en tu corazón y en la ciudad de Bernini,
 camino junto a ti, es de noche en los dos, un coche se detiene,
 tienes miedo amor mío, la muerte busca cerca de nosotros cuerpos jóvenes,
 con labios lentos el mar respira la escama fría de los peces muertos,
 hay deshilachadas sábanas vacías, un paño blanco sobre la hierba cubriendo el cuerpo,
 el azar nunca conspira contra la razón,
 mi pensamiento tiene una alianza con la tempestad,
 tu pensamiento se parece esta noche a esa estatua sola.
 Dónde estás, ya siempre será demasiado tarde para seguir buscando,
 tú tiemblas junto a mí mojada por la lluvia,
 cruzas los descampados, sientes esa herida abierta en medio de la tierra,
 oyes el gemebundo mar como un volcán de sangre.
 Tú eres ahora la hija de la verdad,

la que sostiene la balanza del jurista en este lugar baldío donde termina el mundo,
 en esta intemperie donde los dos vamos a desaparecer como navío en la niebla,
 como testigos de nadie en el Hidroscalo de Ostia.

He levantado piedra sobre ladrillo, y sobre la losa he levantado una casa con el humo
 de la felicidad,
 he vivido en ella durante años innobles, durante días aislados unos de otros he sido
 poseído por un extraño canto de insecto,
 he anhelado todos los límites pero yo mismo era el límite y he regresado como un
 forastero a su lugar natal, a la tierra donde todo temor se disipa y uno acepta la
 muerte como una invitación a la necesidad substancial de lo cíclico,
 próximo a la cuarentena me he replegado perezosamente sobre la desnudez del
 inconstante,
 he dicho ésta es mi cueva y a ella han llegado la hiena y el lagarto, mis amigos
 preciosos y desconfiados,
 pronto el acuciante merodeador se ha asomado, luego ha dicho enseña tu mano
 y yo he sacado la mano y él ha puesto aceite hirviendo en mi mano,
 me defendió la hiena, me defendió el lagarto, me quedaba otra mano.
 No es justo dije, no es justo que esto suceda,
 yo me comprendía pero no era justo el pensamiento de la crueldad del merodeador,
 ese invierno y el siguiente consideré inútil el porvenir, impropia la ternura de pertenecer
 a alguien como pertenece la hiena a las praderas y el lagarto a las rocas,
 pero lo justo no estaba allí, sino en la invasión constante del sufrimiento del otro,
 yo ya no podía cerrar los ojos sin envejecer mientras mis amigos reflexionaban en los
 dormitorios agonizando en la fiebre,
 así que llamé a la hiena y la hiena trajo la templanza,
 llamé al lagarto y trajo el lagarto liquen y esplendor desde su grieta de invierno,
 transcurrido este tiempo desagavié la herradura de mi fortuna sacrificando al caballo,
 dije a la voz de mi amor tú serás a partir de ahora la voz de mi madrugada
 pero ella me hizo saber que ya no me obedecía y buscó otros parientes
 y se infectó con la domesticidad de las salivas inútiles,
 cuando sucedió lo probable se acercó la desgracia
 y mi amiga la hiena sacó su mala fama de rugidora carnívora
 y mi amigo el lagarto sacó su sangre fría de termómetro roto
 y la desgracia volvió sobre sus pasos de uña quemada y se alejó de mi cueva y
 mi casa.

Quién será el complacido que ante los embajadores inútiles
 acate la premura con que las sirenas desoyen el canto de los navegantes futuros.
 Quién en las playas de este país arrasado por la superstición y la banca
 recogerá del naufragio lo que el mar ya no quiere,
 laberintos sin salida en el perímetro de los cementerios.
 A dónde irás, a qué blanco musgo bajo la indescifrable nieve,
 a qué abrigo negro bajo el techo de los barracones.
 Eres el que por toda pertenencia tiene un perro
 y el que por compasión sacrificará algún día a ese perro.
 Eres como la palabra aire arrojándose a los precipicios.
 Hablas con el que habla tras el filo de las herramientas,
 el que heredó un huerto y plantó en él dos árboles
 y a uno de ellos lo llamó gratitud de los frutos del verano
 y al otro que blanqueó con cal le puso el nombre de los días con niebla.
 Todo lo descrito incumbe a alguien portador de un encargo,
 incumbe a la caligrafía roja de los apellidos, incumbe a los despreciables y sus
 víctimas,
 al que en lugar de dibujar los ojos escribe con sangre de pez el nombre de los
 insignificantes, digamos el nombre de cada estrella al lado de cada persona,
 digamos el fulgor de cada espíritu junto a cada extremidad de hueso, digamos
 el irreversible amor junto a cada astilla de tórax, digamos al hombre mudo
 ante la recriminación de su silencio, digamos la longitud de la
 equivocación, digamos el hambre de la herida del error no está saciada.
 Oye decir: amarás en el cuerpo de la mujer que amas a la mujer que amas,
 oye decir: el otoño entra en las alcobas con pasos de muchacha enferma y trabajadores
 cansados,
 entonces era esto la vida, palabras sin reflejo,
 como si los libros se quedaran en blanco y las ideas volvieran a la cabeza de los
 hombres,
 como si por todos los ríos del tiempo invertida su corriente ascendiera el mar, y así
 por los afluentes y más arriba aún apozara su sal en los embalses, subiera
 por cada arroyo hasta los lagos y entrando de nuevo el agua a su roca original
 comenzase la nieve, tuviera otra oportunidad el mundo, otro amor cada labio en
 los jardines, otra indecisión la decisión de quien inventó la espada, del que trazó

los territorios y la pedregosa arruga, la retahíla de los pobres y los pueblos, el
 borceguí y los pies descalzos,
 como si una ciudad no fuese siempre otra ciudad donde uno ha vivido, un lugar donde
 ha sufrido aunque nunca ha estado, un país cuya lengua no hablo pero es el mío.

Todo el tiempo que viví, toda la geografía de desavenencias, hierros, fechas,
 todo el tiempo está aquí en el atardecer de este pájaro pintado por la mano del Giotto.
 Soy el individuo, el adicto a la melancolía al cerrar una puerta,
 el que se contradice y vacila, el que oye la aurora con voz de mujer que despierta,
 me parezco al paraguas que llevan los revendedores en las regiones húmedas,
 me parezco a la bruma que le brota de los ojos a las muchachas que han nacido en el
 campo,
 he dormido con la brevísima en el domicilio de la brevedad,
 he escrito mi nombre en la arena, la marea ha subido, ha llegado el agua,
 ahora puedo contemplarme en lo desaparecido hasta embellecer lo exhausto,
 ahora igual que un aullido mi conciencia se debilita a lo lejos como luces de una bahía,
 soy el individuo.

No te inquiete el saber: yo no tengo ninguno,
 anduvo el caminante sobre las huellas de otros, junto a otros bebió lo que le ofrecieron,
 esta mentira de carne, este barro de rosas, la revelación de Keats: la muerte como un
 premio al final de la vida,
 ahora sus oraciones se confunden contigo en la última fila de las iglesias,
 el paño de lino donde llora María la hija de Minerva, donde llora su pertenencia a otra
 pertenencia el ángel, la brea de pez, la llave del pez, la casa de madera, el fuego,
 lo que arde y lo que no arde, la severa maleta, el tímido ante el confesionario, los
 retratos de quien ejerció con autoridad la gula, las donaciones, la materia
 inteligente de los retablos, otras cosas, la monogamia y la esposa de Cristo ante
 el adoratorio, la música del clavecín bajo los ábsides azules, la creación del
 mundo, restos, cada una de las formas por las que se reconoce como poder al
 poder, es decir las limosnas para salvación de las almas, es decir el entreacto del
 purgatorio, pedazos de la justicia de dios, las indulgencias,
 y frente a esto los parlamentos y el poder civil de los jueces, la claudicación moral ante
 el hambre como un crimen de estado, la difamación como otra forma de tortura,

el reparto de los excedentes, paños de fieltro y grasa de caballo, los residuos de la utopía expuestos en el mercado dominical entre los excrementos de la abundancia, el contrato social y las tablas del salario, lo que llega a mí como silbido de una boca violenta, el tajo de las autopistas sobre los valles, el ocio rumiante de los estadios, el horóscopo del temor humano para con la idea del fin, las apuestas y su moneda de oro en la boca muerta de la fortuna, esfuerzo de los días por permanecer en la vida, trabajo de los días por mantener erguida la cabeza del sol sobre las noches de Caronte,

llamarás plétora de la muerte al devorador monstruoso,
 llamarás alud de mina a cuanto se ha derrumbado ante el conocimiento de los palabristas,

y por los suelos de mármol rodarán las copas con el vino ácido que beben los campesinos después de un entierro,

y la criatura que con las manos atadas a la espalda fue empujado por una escalera, alguien al que su madre ha visto sucumbir, alguien que conoce el desprecio, una bicicleta oxidada, el tapete que borda en la penumbra una mujer soltera.

Todo lo que estaba previsto ya te ha sucedido y lo que no estuvo previsto también te habrá sucedido,

estuviste en la utilidad y estuviste también en la renuncia, escaso negocio en ambas, estuviste en el silencio y entre las limaduras de los bulliciosos, mal ruido en las dos casas,

pero a nadie contarás lo que ha sucedido al otro lado de este muro, ahora podrías vivir de ese recuerdo el resto de tu vida, pero toda visión desaparece al instante de ser justificada, como la poesía desaparece ante la explicación y los bosques celestes ante el leñador de la claridad.

Más que continuar siendo querido desea el que ha sido salvado amar pues de alguna manera absuelto ya del vínculo con lo que desconoce no puede habitar en él otra pasión que no sea la de su entrega a los otros.

El que agradece nombra siempre la herida de la necesidad, el que restablece el silencio da origen al murmullo, el murmullo imanta los pabellones blancos, fosforece en los tanatorios, obliga a despedirse.

Pronto llegará el día en que tendré que marcharme, pronta la hora que en este húmedo jardín dirá a otro el ruseñor su música, no sonará la nieve, vendrá la tempestad, la noche fría, se apagará en el cielo la inmóvil caravana de los astros, arderán las ilusiones y los sueños, morirá el invierno.

Queda el infeliz bajo la luz sin daño,
 queda la bondad junto a la inconsciente belleza de los débiles,
 esparcidos en la mesa quedan los retratos de familia, quedan los balnearios solitarios,
 quedan los delfines muertos en las playas, el viento vuelca los jarrones en las lápidas,
 queda noviembre solo, nadie recibe cartas, nadie llamará ya nunca por teléfono,
 el loco abre la ventana, salta, el solitario abre la nevera, come,
 los ancianos se congregan en los parques, los arquitectos proyectan otros barrios,
 la muerte anda viva entre nosotros, los trenes parten a su hora,
 el policía se recorta los bigotes, el juez hipoteca otra vivienda,
 las corbatas se aprietan a los cuellos, se enroscan en su nido las culebras,
 el cónsul envía un memorandum, el delator exige recompensa,
 los periódicos publican desmentidos, el granjero poda los manzanos,
 el poeta escribe su haikú, el muchacho se pinta las pestañas,
 el notario recurre al cura, padre mi mujer me engaña,
 los días se suceden invariables, ayer es un barranco helado,
 la juventud termina, ahora resistir es ser mortales.

A las puertas del corazón ante la luz prohibida
 cerraré los ojos como si me hubiera muerto y clamaré por ti,
 a los animales grises, a las rebosantes copas del bebedor más ávido,
 a la niña clavada en la espina de su rosa y al pastor bizantino preguntaré por ti,
 al eterno profeta en su cabaña de nubes esmaltadas y piedras pensativas,
 al árbol de la ciencia y a los frutos del mal preguntaré por ti.
 He embalado mis pertenencias para un largo viaje,
 me voy donde al creyente a un claustro de estrellas lo llaman las campanas,
 ya nunca será fácil regresar si es otoño y en el Tíber azulado hay gaviotas,
 porque tú estarás ahí entre los pensamientos muertos
 detenida entre las ramas, entre la broza quieta, música sin alma,
 porque tú estarás ahí y nadie al pasar sobre los puentes se detendrá un instante para
 verte,
 nadie te mirará, nadie al sonreír con otro estará pensando en ti,
 y tú mi única defensa, mi boca con lumbre vencida por lo adverso,
 desaparecerás del mundo y de las cosas que dieron sentido a la belleza del mundo,
 desaparecerás por un día y otro día y luego desaparecerás para siempre

y yo ya no sabré dónde buscarte y yo ya no sabré dónde saberte,
 bajaré a encontrarte en los canales, removeré las piedras, iré a las raíces de los árboles,
 regresaré sin ti de los agitados torbellinos, dormiré solo en los templos,
 no fuimos los que huyen, no espejo de uno frente a otro en el combate,
 ausentes entre aquéllos, acaso los felices, fuimos los que existen.

He ido a una iglesia ocupada por temibles hijos,
 he abandonado a mi madre, he apostado mi vida y las tres veces la he perdido,
 he dado la mano a cada palabra y cada palabra me ha dado la suya,
 la criatura hermosa, la electricidad y el granizo, la verdad del teatro de sombras,
 ha llegado el momento de decirnos adiós,
 se ha hecho de noche para el amigo y la amiga, ya se ha hecho de día para los elegidos
 en el desprecio, pelea entre pastores por la propiedad de la tierra,
 sé que la vigilia será larga y yo no tengo a dónde ir,
 si al menos tú estuvieras viva en la desobediencia de quien no ha hecho ningún pacto
 y yo pudiera acostarme a tu lado y no soñar que estoy contigo como un clavo hundido
 en la madera dormida,
 si al menos cada huella fuese un signo, una claridad de algo allí donde pisaste, un hueco
 de mar al que arrojarme,
 oh si al menos mi corazón rodase como una moneda hasta llegar a tu mano, hasta llegar
 junto a ti como el agua que lava tu ropa, el aire que respiras como luz que no
 tengo,
 si al menos yo fuese el desconocido que volviera a encontrarte y no el que se despide y
 atravesara sin mirar las calles y en ningún lugar fuera de ti encuentra ya refugio,
 si al menos me escucharan los vendedores de flores y los guardias de tráfico, cerraran
 las pérgolas, se detuvieran los automóviles, nadie fuera ya a ninguna parte y todo
 se negara a existir hasta que tú volvieras,
 hasta que tú amor del mundo derribaras los muros, entraras como un vendaval en los
 palacios, arrasaras con ternura las piedras,
 y yo te mirara hasta confundirme contigo como aire en el aire, como agua indefensa,
 y no avanzara el tiempo ante nosotros y nos entregáramos a ser antepasados, pueblos
 recién fundados, cúpulas sobre un lugar sagrado antes de la ruina,
 si al menos mis pasos ahora que vago perdido por los suburbios no ejercieran la
 mendicidad de explicarte, de exponerte al recuerdo como quien te entregara al
 crimen, y lo anotado aquí fuese en mi conciencia voz de lo inexpresable, luz del
 candelabro judío que me he colgado al cuello como un conjuro contra la

oscuridad,
 si no fuese el hombre echado a perder, el violento hombre en los tugurios de la
 debilidad, el hombre hosco de las comarcas,
 si el que camina sobre el agua de una isla a otra se acercara un día, bebiera mi sangre
 usada, me llevara contigo,
 si en los últimos bares donde se precipita el drama y la muerte de un hombre vale menos
 que la vida de otro hombre y la vida de una mujer menos que la vida de otra
 mujer, no tuviera sonido el resplandor ni boca de túnel el revólver,
 y si esas monedas no fuesen la desilusión de algún perdido poder al estrellarse contra
 los espejos y cruzaran el cristal hacia la realidad de otra visión,
 oh si este nido de alacranes blancos que tengo por almohada, esta precipitación de rocas
 en medio de la noche, este insomnio de feroces animales desangrados,
 si tú volvieras, conformidad de mi única riqueza, si tu aparecieras en la mano que
 excava, en la penuria aparecieras como gota de sangre a la que se ofrece un
 pañuelo.
 No he visto mariposas por aquí, no he visto la navaja del deudor, no he visto al buey
 mojado,
 he visto las manos de Giordano Bruno atadas a un palo con la correa del perro,
 he visto la viruta de humo, la escoria de Auschwitz más allá de la tierra,
 los abolidos en su figuración de personas, el molde vacío de algo, la definitiva ausencia
 de algo.
 Oigo el dialecto de tus pasos en las habitaciones como párpados de la carcoma,
 oigo la contradicción litúrgica del cielo bajo la máscara de las tribus en guerra,
 oigo la asfixia que estrangula al pez y sacia a los nerviosos pájaros marinos.

Algún día alma que viviste en lo mortal de un cuerpo entregado al azar vendrás de
 nuevo a buscarme, y yo no te opondré resistencia, ni la idea moral de la
 contrariedad de lo breve ni la seducción del placer de las ideas, lejos estaré ya
 del temor a la sed con que se implica el reo en el momento de entrar en la jaula,
 la hora que precede a la ansiedad y la hora que subsigue al hartazgo, el cepo de
 la rutina, la boca de la contradicción desgarrada por el anzuelo,
 uno tras otro se han alternado en mi rostro el gesto del tahúr y el del perdedor rencoroso,
 uno tras otro el que me quiere y el que desafía con su desprecio mi afecto han
 construido su paradoja en mi espíritu,
 a quien he amado ya es tarde para decírselo, al que he respetado ya es tarde para
 contárselo,

la felicidad se ha detenido ante mí como el visitante ante las barreras,
 he repartido las provisiones de mi vida entre aquellos cuya aparente pobreza me ha
 protegido durante tiempos adversos,
 ahora el vacío se abre ante mí como al escultor el granito hacia la forma de un exacto
 volumen,
 lo que termina es el misterio intacto, a donde voy es una cámara secreta bajo el
 convulso zumbido de las aspas, la obstinada soledad del ruiseñor mecánico que
 gira sobre las infructuosas esferas de la temprana fortuna.

Abran la puerta, abran al carbón la llaga de su lumbre, entre en los vibráfonos el júbilo
 de los cartílagos del viento, permanezca la impaciencia en su refugio, vea el
 dramaturgo ciego a la demacrada actriz en su ínsula de tiza, regrese de la
 fermentada harina Tadeus Kantor con su apólogo implacable sobre las
 generaciones muertas, cante inexorable el bufón analítico, ladre la gallina de
 agua en casa del zapatero, pueda emanciparse la avidez de su inútil argumento,
 arranque su motor el dogma, desplace su lúcida teoría la justificación sobria del
 sabio, acontezca la sensación de Giorgio de Chirico ante lo huérfano, la
 variabilidad ínfima de Mondrian ante el barroco,

abran la puerta de la incitación al manso, en ese lugar el casamiento de la tórtola y el
 águila, la barba absurda de los muertos, la euforia y su escombros, el armario de
 vapor y la camilla del éxtasis, en ese lugar dos hombres, una mujer con traje de
 estar sola, los antecedentes de sangre, las actas del nacimiento, la gramática del
 arte negro y la estructura de la metamorfosis, los manifiestos políticos, el musgo
 jurídico bajo la lengua de los verdugos, la partitura de los leopardos,

abran la puerta al estado psíquico de la malicia del mono, abran con excitación la
 granada y el embalaje rojo de sus abejas dementes, abran con precisión el
 hermetismo de este corazón los cirujanos.

He pasado la tarde junto a la tumba de Keats,
 me he apostado ante la guarida donde la divinidad no es un ser poderoso,
 no he descendido a ningún otro infierno que no fuese mi vida.

He llamado día amarillo al día semejante a un íntimo color amarillo,
 día imperfecto al día en que he sufrido menos que cualquier hombre.

Alguna vez he dicho: usted es alguien que provoca en mí una súbita emoción,
 y ellos han detenido su paso y hemos tenido que compartir luego la ausencia de
 separarnos,
 pero aun así he convivido bajo el mismo techo con la jibia de los menesterosos

y la triste benevolencia que le brota a los cuerpos tras el lenguaje de lo cotidiano,
 lo que da cuenta de uno sin ser más que la sombra de otro,
 esa vida, ese aire que respira el préstamo de las palabras con que se describe la fatiga en
 una cuerda de presos, el dolor de la coincidencia de dos hermanos en el mismo
 pabellón de enfermos, el favor del fuerte ante el abatimiento, la emoción del
 aliviado.

Dichas de este modo las tres palabras que mi padre ha puesto sobre la mesa no deberían
 ser repartidas entre los hermanos sino destinadas a permanecer como bobinas de
 hilo entre las cosas inútiles, la hebra que sostiene el peso de la memoria, el traje
 de franela del difunto, la carta que nunca fue abierta,
 dichas de este modo las palabras tienden a desaparecer como desaparece el vendaje
 blanco de las cumbres en la primavera incipiente.

Algún día, cuando Roma deje de ser la propia víbora de Roma,
 el día que las bestias vomiten en los circos la rosa de hueso de los mártires,
 el día que los senegaleses y los inocentes bizantinos y los que hablan tagalo
 duerman bajo el dorado palio de succulentas vides y mansos ciervos levitantes,
 el día que reconocida su condición de vírgenes impuras sean madres de un dios todas
 las madres,

la hora en que el abominable se reencuentre en los espejos con la cara del idolatrado,
 la plaga del paraíso con la juventud hermosa, el negro caudillo con la estrella rosa,
 el día exento de penitencia, el día sin mendicidad a la puerta de un almacén de
 abarrotes,

el día anterior del mutilado a quien le falta una mano, un pie, los dos ojos,
 el último día de un siglo rodeado por una fuerza azul como una manifestación por la
 policía,

la hora séptima de quien madruga, se afeita, va al matadero, sacrifica animales,

la hora duodécima del que regresa cansado, huele a excrementos y sangre,

el día del que al abrir un libro lee la palabra sogá y no ata con ella a un perro,

el preciso instante del que al seguir leyendo ese libro oye los gritos de un soldado que
 va a ser ahorcado, se lo dice a otro, salen juntos en busca de ayuda,

luego el pensamiento de ese mismo soldado: que el que tenga una moneda no se la
 ofrezca a la compasión, el que sienta compasión no la invierta en la ranura de la
 pobreza, que el que críe corderos para venderlos tenga piedad de su hija, que la
 hija no considere un derecho las propiedades del padre.

Viene el amor con su aguja de nieve y cipreses tatuados sobre el paisaje de otoño,
viene la obstinada pasajera del amor a decirme prepárate para la muerte,
a eso viene y yo me consuelo llamándote como si estuvieras desaparecida,
y yo me consuelo llamándote como si aún existieras,
y yo me consuelo llamándote como si me hubiera soltado de tu mano y estuviera
perdido,
lloraré sin ti cuando me vaya, y cuando ya no me oigas ni te vea y cuando no te
recuerde,
sentiré dolor por ti, despierto en medio del mundo, en mitad de una plaza, al subir una
cuesta,
no padeceré la melancolía de quien puede olvidarte, no la enfermedad del que se sienta
oscuro a esperar su tristeza,
yo repetiré en voz alta tu nombre, estoy vivo, puedo desobedecer,
habríamos podido amarnos, habríamos podido perecer entre las ruinas antes de
separarnos,
aún nos esperarán los países, aún en las lejanas fronteras estará la posibilidad
aguardándonos,
hubiéramos atravesado el mundo hasta el lugar donde termina el mundo,
hubiéramos entrado allí donde no hay ya nada y entonces allí el uno con el otro en la
edad sin sufrimiento diluidos, en la edad cuya vejez solo una mujer
intuye, nos hubiéramos amado,
como regresa un perro a la mano de quien lo ha golpeado volverías tú a creer y yo
volvería a creer y nada nos destruiría,
pero nuestra juventud ha estado cercada por la obligación como la casa de los hebreos
por la maledicencia,
la ilusión de la vida ha sido expuesta en los mercados, nadie ha ofrecido por nuestro
pensamiento ni el interés de una duda,
sobrevivimos entre los despojos de lo ignorado, útiles en el silencio como herramientas
viejas,
aun así que cuando tú me mires se miren entre sí los que han permanecido tanto tiempo
callados,
que cuando tú me hables se hablen entre sí aquéllos a los que deteriora el tedio y la
placidez del fracaso,
que tu cuerpo abra las rejas a mi cuerpo convicto y seas tú quien me oiga y la que al
lado de mi pensamiento pongas la diadema de vocales de tu pensamiento,
porque antes de que yo hubiera venido a este jardín de piedras infectadas por el musgo,

protegidas en su fealdad por la legislación de los burócratas,
 antes que yo hubiera tocado estas ánforas que contuvieron aceite, vino negro, grasa de
 freír pescado,
 antes que estos destrozados adornos próximos a la voluntad decadente del arte fueran
 jinetes erectos, abstracto perímetro de hierro, jaulas de la moribunda belleza,
 ya existías tú, voz que me oye, voz del anillo ilusorio, boca sin grito en la asamblea de
 larvas,
 ya existías tú, doble posesión de la proximidad y el rechazo, agua teñida por el verdín
 de los laberintos, agua ácida,
 como si el amor y la muerte hubieran sido tu único encargo, tu único secreto entre los
 que se niegan al mal.
 Atrévete a existir criatura de la objeción, hombre y mujer, indestructible anciano del
 mar y los desiertos,
 porque también ahora basta uno entre todos los huéspedes, uno entre el cuadrado y los
 círculos, uno que cuide la casa vacía, otro que apunte el granero, uno que
 suelte el cabo, otro que afloje las riendas de la caballería, uno en el timón de las
 superficies, otro en los túneles bajo las estalactitas de la infancia, en la
 desmesurada humedad de las grutas uno con uñas de vidrio, otro haciendo
 fuego con astillas, el muchacho que lee a Dostoyewski, el que enciende su
 pequeña linterna bajo las sábanas, uno el hijo del panadero, otro el febril bajo el
 beso grande de su madre, uno afilando el pez en su inglete, otro tenaz barajando
 el mazo de cartas, hay uno en el estrépito de los andamios y uno también
 escribiendo su nombre sobre el polvo de los pianos, hay otro indefectiblemente
 triste al que le duele un pie, la oreja, el cuarto dedo de la mano izquierda, uno
 que llega puntual, humilde, inamovible, buenos días, sube al ascensor, otro que
 insiste, anda en pleitos por un asunto de corrales, uno en la invocación, otro
 incógnito bajo la candidez del mármol, uno al que escucho, otro al que estimo,
 ambos a propósito de los nombres y los apellidos de la polvareda y la habitación
 de salitre,
 esto en lo que uno cree, el órgano de la adolescente luz de la alegría, el que ha hecho
 por primera vez el amor y regresa al pueblo por un bosque arrasado por el
 fuego y oye a los grillos hablar de otra manera y los árboles crecen hasta oírle
 porque hay en él una voz secreta como un primer delito y hay en él espacio
 para que lllore el perfume y ya ningún mediodía ni alta noche con zapatos de
 estrella será por él confundida con la lámpara de pan en la que ha entrado y
 desea que pase pronto la lentitud horrible y esparce su deseo sobre todas las
 cosas,
 y esas cosas son la objeción a empuñar un arma de fuego, considerarse enemigo,

negarse a obedecer en asuntos de fuerza, cierta patria al Este de mi corazón,
 cierto cuerpo en el país de la misericordia, en los ojos empañados por la atroz
 decisión, en el afecto de los que reposan bajo tierra desconocida arrancados
 brutalmente del lado de sus hijos, la pequeña mujer, miel de nieve, que no cabe
 en este mundo y vive en todos los mundos que mi pensamiento ha sido capaz
 de habitar durante la mitad de la hora de un día,
 creo en ese día, en mis dos pies y en las diez direcciones de la rosa del río de los
 vientos,
 creo en mi mano izquierda injustamente tratada por la predilección de los diestros,
 creo en mi espontánea vergüenza ante el sufrimiento humano y el sacrificio de los
 animales,
 creo en el insignificante valor de las cosas cuya posesión me causa placer,
 creo en el placer que redime a las criaturas de su innato dolor,
 creo en el que habla en lengua polaca, el que llora en chino, el que maldice en lenguaje
 de taberna,
 creo en Lázaro y el idioma claro de las correspondencias con el que un hombre pide
 perdón,
 creo en la compasión de enero, en la torpeza hermana de la sabiduría y la cal que hierve
 en el agua,
 creo en un puñado de tierra y en el tacto de las despedidas, en ciertas cosas solo
 evidentes en la oscuridad, en ciertas noches simples, benignas, andar descalzo
 alrededor de un pájaro, iluminar el bosque, besar en el corazón a una mujer
 judía.

No ama uno la bondad del dios a quien nuestra necesidad le ha hecho un encargo,
 sino que ama el creyente lo que su oración representa ante el espacio vacío,
 levanta su insegura barraca el pensamiento, iza su altiva inclinación el arquitecto,
 tala el instintivo árbol, alza empalizadas, construye violines,
 entra en lo desconocido, averigua sustancias, manifiesta el agua,
 lava su disfraz, se averigua en el lugar oculto, anda disperso,
 descubre el hambre, selecciona semillas, necesita el martillo,
 inventa la palabra lluvia, abre su paraguas, solloza indefenso en los desvanes,
 utiliza el abanico, caza animales, oye hablar del plomo,
 no ama uno la bondad del dios a quien nuestra necesidad le ha hecho un encargo,
 sufre otra culpa el hombre, moldea la estatuilla del azar, entierra huesos, se apiada,
 aprende torpemente algunas cosas, cree que sabe y sufre,

acarrea arena, sacos de carbón, harina, suda lágrimas,
 el recién nacido se viste de reloj, lleva su marcapasos encendido a la tumba el muerto,
 duerme a orillas de un río, la noche se desborda,
 desaparece en el agua rebosante, es barro,
 llega el habitante a su definitiva casa, posa sus cosas en la mesa, se acuesta con tortugas,
 llega el jardinero inglés, abona las violetas, separa la oruga de la escarcha,
 recuerda a su hija,
 por un largo pasillo va el enfermo, mira el amanecer, junto a los pies mojados croan
 en el jardín las ranas,
 hay un tumulto de insectos agonizantes, niñas con las manos comidas por las
 langostas, hormigas afilando las plumillas de tinta, ojos fósiles que flotan en el
 ámbar, hay pozos deshabitados, perros con hocico de diamante hozando los
 ataúdes,
 y hay automóviles yendo hacia el atroz enjambre y líquidos paisajes tras los biombos
 chinos, hay una voz que no es de nadie y hay otra voz que brota en los lagos de
 aluminio, hay furiosos cuernos en todas las esquinas y bueyes insomnes
 como dos planetas tras el antifaz de paño, la invención de una turbina y el
 escalofrío de la iguana sobre el panorama de los zoológicos, eso hay, el persa
 esquivo entre el fruto de los alfileres rojos, la pirámide de Cayo Cestio Epulón,
 hijo de Lucio, una balada de luz en el cemento, la indecisa oda del ruiñeñor de
 los cementerios junto al domicilio de ateridas flores con la yema de Keats.

No podría exclamar, ante ti yo no podría compartir ya mi queja,
 noche ¿dónde estuve?, amor ¿quién fuiste?,
 no es con el lenguaje, no es con la materia con que un hombre comparte la cavidad de
 su espíritu lo que a ti me une y aquello que de ti en la mutilación me divorcia,
 sino a través de paños usados para calmar la fiebre, palabras envueltas en la
 vena de la quemadura, palabras blanqueadas con yeso, la borra blanca del albañil
 tras enlucir las tumbas, la metamorfosis del gato, la reverencia de los turistas
 ingleses, algo borroso que empañará las fotografías, el halo subjetivo, el
 diplomático exento que gime en los portales las madrugadas con viento,
 noche ¿quién fuiste?, amor ¿dónde estuve?,
 no respondáis vosotras palabras sin sonido, nunca más palabras sin garganta,
 no más raíces limpias de la dinastía del acero, duras palabras de martillo,
 palabras sin acento de guardián o cántaro, escarabajos en el fondo de un cesto,
 palabras imposibles sobre la inmensa plata fulgurante, hijas del mar, grises

palabras en la muda asfixia sin balido de los peces.

Pájaro enorme de la vida canta para mí en esta última mañana de cristal y anillo,
sé difícil como el hilo al enhebrarse en la concha perforada y el punterol de hueso,
la voz de Pound ronca como tormenta de piedras en los aparatos de radio,
la violenta voz de los oscuros a quien la tempestad ha esquivado como una quilla las
rocas,

la cautela bajo la boina de la moderación, la veleta a dos dedos de la atmósfera,
venga el extranjero en bicicleta por una línea recta,
ruede la corona del otoño hasta el ocaso, a su frágil borde llegue el día,
rasgue la hojalata el horizonte, salga el aliciente a brillar en la distancia,
venga la Edad Media y la Edad Futura y la Edad de las Edades venga,
pastos y desiertos y tierras sobre las que crece el color verde venid a ver al hombre que
duerme: Ecce homo

venid a ver a la mujer que se ha puesto el vestido de humo nuevo del amor,
como agua que se precipita, como manada que se despierta, vengan Dido y Eneas,
como verdad y belleza vengan juntos,
porque el conjurado se ha puesto de pie y el vendaval ha abierto la puerta,
el herido se ha quitado de su cabeza la venda, el fascista ha guardado su camisa,
entra el mediodía en la cámara siniestra, alumbra el candelabro,
a su fama de bondad vuelve el dador, hacia su único rostro cada espejo,
como si a un amor le naciera otro y de cada torre surgiera una escalera
y tú hijo de los huérfanos, padre de un dios, viejo rey de la muerte,
subes hasta la elipse del ardor, allí donde el hermano abandonado en los contenedores,
el suplicante fatídico ante el cabo de vela de la misericordia,
es círculo del hombre en las probables órbitas, heraldo de nadie en el jardín sombrío,
el vagabundo errante en las fronteras, la promesa de un millar de años arrojada a los
bidones, aullido arrancado del cuidado de la lengua, celeste muro irremediable
contra el poder del cielo, sobras de materia, sobras de animal y fango para el
explorador de la abundancia.

No cabe más piedad,
alguien que cerró demasiado pronto una ventana, ése es el triste,
el que lleva en su mano derecha el anillo de la madre muerta, el precario hijo,
ese cuya sombra digo y que existe a pesar de mí en lo que yo existo,
alguien una mañana de enero como nieve pisada por los campesinos,
alguien en la víspera con actitud distante, alguien ante la herida con salitre,

el que manifiesta un camino por el que va su padre hasta llegar muy lejos,
 el consuelo de las cosas breves, el bello error de la velocidad que dura,
 no cabe más piedad,
 el surtidor de lágrimas atónitas, la aritmética menor de la dulzura, los puntos cardinales,
 manifiesta el hombre sus símbolos exhaustos, manifiesta su cautivo palomar el mármol,
 no cabe más piedad,
 manifiesta la teoría del peso y del adorno, manifiesta su mejilla y su pantalla, la veloz
 persecución del péndulo, manifiesta el sexo y la elegía, manifiesta su quizás y su
 mañana, su paladar de adobe,
 no cabe más piedad,
 alerta vive el vigilante en sus zapatos, avaro en las esquinas del difunto mono
 trastorna el redondel su ojo vacío,
 se extingue en el rumor, escoge su verdad, es nadie,
 de espaldas va hacia las cosas, en ellas cumple innumerables años,
 en todo cuanto interroga existe, en cada cuerpo que le responde muere,
 besa la virtud adolescente, ríe ante el espanto obscuro,
 es el poblador cansado en el contorno, traspasa lo interior opaco, pide albergue.

Es necesario morir para abandonar la oscura ciudadanía
 en que todo lenguaje se convierte en expresión de algún vago poder,
 es necesario morir ante la importancia de algo por lo que nadie daría su vida,
 y para que el placer de la libertad se enfrente a su pacto dramático
 y salga el hombre sin su máscara a decir esto he sido,
 esto han calculado en mí las leyes del azar bajo la forma del átomo,
 el presagio de las aves de Roma desde su tiempo pretérito.
 Es necesario morir para que la parcialidad de lo doméstico
 adquiera su reconocimiento en el erotismo de lo público
 y a la cínica ignorancia se le llame conducta de una cultura de época,
 lodazal de difamadores al agravio sin tregua del discurso de Estado,
 es necesaria también la muerte de la muerte misma
 para que de ese enfrentamiento con las mercancías estéticas
 surja cierta clase de gratitud, cierta laboriosidad del hombre
 influido por la permanencia de su utilidad en el mundo,
 el tiempo de su sublevación contra la consigna de lo que debe saber,
 lo que una boca transmite a otra boca, la codicia inmóvil de los graneros,
 lo que nutre con su comportamiento el mercado de víctimas como universo sin fondo,

la necesidad de contradecirse, la diferencia entre la unidad y el arte moderno,
 esa excitación colectiva que llama conducta a la obligación y fidelidad al silencio,
 alguien que se sirve de la realidad para dar forma física a la ideología del mundo,
 la historia como venganza, la derrota como conciencia.

Puede la vieja madre de los hombres, la Roma enferma bajo la cal más roja, referir este
 viaje a un oyente ciego,
 puede mi vida entregarse a la ternura o al rencor como se abandona en un hospicio al
 huérfano,
 aferrarse a la casualidad como la moral del cálculo al espíritu de las matemáticas,
 puede la comprensión de un hombre que recuerda a Sófocles abrazar su tragedia, errar
 en la negación, saciar con lágrimas el féretro de Edipo,
 puede la conjura demoler el Vaticano, erigir en el lugar ficticio otra redención, cambiar
 paloma por murciélago, cruz por obelisco, opio por incienso,
 la Roma devastada y vuelta de nuevo a construir como un esencial cadáver,
 la pústula doliente, la mancha de veneno en el mantel de bodas,
 lengua con hormigas, cicatriz de bronce con el hedor de un príncipe,
 la ciudad cercada por el alambre negro de la extorsión fascista,
 la democracia pútrida como cansancio inútil al final de un sueño,
 al final de un siglo que permitió Mathausen, la vida sucia del crimen psiquiátrico
 que masacra a desconocidos en lugares desconocidos bajo causas desconocidas,
 la calamidad de sus artífices, la conformidad vergonzosa ante los responsables del
 drama, la adulación de los ancianos, los burgueses viejos, el sangriento lujo,
 el depositario de la rosa con cabellos grises, la luna malsana sobre los rígidos, el
 tiempo incansable de los presidiarios,
 exhausto el carcelero en su acomodo, cansado el palpitante en su escondite,
 fragua el vehemente corazón su fuga, su prodigiosa emboscada trama el inaudito,
 ya en la violenta luz que lo deslumbra, ya en la contemplativa luz que me alimenta,
 el espacioso aire, la extremada inteligencia de la música, la asidua claridad del día,
 lo que da al ser su vacilante inocencia de alma desvalida, éste mi único bien,
 la fábula que restituye al mundo su lugar en el hombre, el escándalo de la posteridad
 con cabeza de ángel y cuerpo de demonio, el repentino ruido del silencio ante la
 casa de la honradez.

Poco importa, poco importa a tu amistad el método correcto,
 poco importa al método correcto la equivocación de los seres comunes si ante el tribunal
 de los vivos asume cada cual el lugar de su propio deseo, opta el hombre por un

pez dorado, opta la mujer por otro, opta el solemne sol, la mariposa extraña, por
 un solo ojo opta el cíclope, eligen su color los caracoles negros,
 como el pájaro rezagado, como la huella de los analfabetos, como una vocal ante las
 constelaciones,
 como los cuatro elementos más la nieve y el rayo, como Adán confuso, como las manos
 de mi padre encendiendo el fuego,
 como viejo marinero contemplando el humo de los barcos.

Adiós Roma, adiós dolorosa luz indescifrable,
 adiós elocuente sueño, resplandor sin noche, huracán de astros,
 adiós fúnebres coronas que dormís en los eclipses, cintura de los arcos,
 adiós nublado reino del otoño, guante del revés, adiós nocturno sol anciano,
 adiós sílabas del agua, arbusto inmaterial de las estatuas,
 adiós aposento del amor, van a separarnos, adiós deseo, adiós cielo profano,
 echad la risa al fuego, cerrad la luz desnuda con candado,
 no importa ya vivir sino la vida, no importa ya morir sino lo humano,
 quién cortará la flor enferma de las calles, qué lobos viejos, qué ojos curvos bajo la
 ulcerada carne de los vivos,
 hacia qué tesoro de losas y ceniza irán los desunidos pasos del impostor y el apacible
 anónimo,
 a qué corral de palo, a qué tacto de ciudad el desterrado domador de la amargura,
 oh Roma sin motivo, Roma olida por el fúnebre hocico del cangrejo, Roma
 desmembrada diente a diente,
 quién desde las grúas del entresueño, quién desde el gran miedo del forzoso mar,
 todo se traiciona, todo lo que se ama alguna vez se pierde,
 adiós estrella negra del pianista, adiós prisa de la tierra,
 la alcoba esta vacía, en vano la hipótesis del cisne junto a la carne muerta,
 en vano ya la brizna, la nube en vano, el mapa de los vientos:
Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua.

Roma, octubre 1997 / febrero 1998.